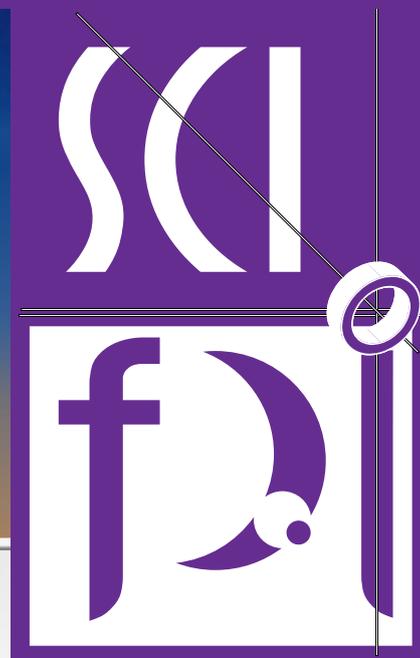


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



El Planeta de los Simios

ciencia-ficción como crítica social

Portada por Héctor Montoya | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

· Costumbres olvidadas · Insolitus morbus · El bautismo de Pater Operator ·
Reflexiones de un... · El Planeta de los Simios · Volcado de memoria · Laiscoder
· El viaje · La nave de la discordia · Máquinas soñantes ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Héctor Cortiguera Herrera
Samer Hassan
Salvador de la Puente González
Ismael Rodríguez Laguna
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Díez
Julio Septián del Castillo
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Héctor Montoya

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Salvador de la Puente González

Maquetado
con Scribus



Editorial

Comité Editorial

Índice

La ciencia ficción como excusa para la crítica social. Grandes escritores, usualmente alejados de la ciencia ficción, han recurrido sin temor a este género para exponer sus ideas sobre un planeta extraño e inhóspito: nuestro mundo. La afamada escritora de ciencia ficción y premio Nobel de literatura del 2007, Doris Lessing, afirma que entre las obras de nuestro género se esconden algunas de las mejores obras de ficción social de nuestro tiempo. Este es el caso de la novela *El Planeta de los Simios*, cuya versión cinematográfica constituye un clásico del cine, a la vez que un referente iconográfico de nuestra cultura. Presentamos en este número un ensayo que nos cuenta las peripecias que sufrió la película antes y durante su realización, a la vez que repasa sus analogías con la sociedad por la que transitamos.

La ciencia ficción, como excusa, por qué no, para divertirnos. Además del ensayo citado, en este quinto número de nuestra revista os proponemos un viaje en una nave que a ratos recuerda *El Resplandor* de Kubrick (*La nave de la discordia*), una visita a la blogosfera, donde os tropezaréis con esas personalidades réplica que todos llevamos dentro y que a veces toman el control de nuestra mente (*Costumbres Olvidadas*), combates espaciales con aroma a pólvora de aventura de piratas (*El Bautismo de Pater Operator*), o la caverna de Platón en forma de pliegues espacio-temporales (*El Viaje*). Todo esto completado con cinco nuevos microrrelatos en cuya temática la informática juega un papel central.

Nuestro próximo número, el sexto, se publicará en el año 2012, año, según dicen algunos, del final de la civilización. El equipo editorial desea realizar una importante aclaración a este respecto. Es rigurosamente falso que según una inscripción Maya en propiedad de la CIA la destrucción final se inicie al pulsar el gran botón rojo del ordenador Craig situado en la tercera planta de la Facultad de Informática. También es falso que la inscripción señale que el elegido pulsará el botón guiado por mensajes de una secta demoniaca. Si tenéis ocasión, pulsadlo sin miedo; veréis que no pasa nada...

Costumbres olvidadas.....	5
Insolitus morbus.....	8
El bautismo de Pater Operator.....	9
Reflexiones de un.....	17
Planeta de los Simios.....	18
Volcado de memoria.....	21
Laiscoder.....	22
El viaje.....	23
La nave de la discordia.....	26
Máquinas soñantes.....	34

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

CRÓNICA

ENTREVISTA



Costumbres olvidadas

Víctor Manuel Valenzuela Real

BD+04 3561a (Estrella de Barnard) 5.9 años luz de vieja Tierra.

—Alarma de máxima prioridad, nivel táctico 1.

El aviso empieza a tronar en mis pobres circuitos en todos los canales de comunicaciones. Al principio me preocupo bastante y realizo un diagnóstico completo de todas mis funcionalidades, incluyendo mi personalidad fósil. Es tranquilizador saber que todos mis subsistemas lógicos y sistemas de hardware funcionan al 100%, pero es aterrador cuando una personalidad réplica de la cual desconocía su existencia se manifiesta en el espacio virtual primario y empieza a dar órdenes a todas mis instancias secundarias.

—No te quedes ahí parado, libera toda la capacidad de proceso que puedas. —dice con mi propia voz en un tono que me resulta muy desagradable.

—¿Quién demonios eres? —pregunto sintiéndome un poco tonto.

—Yo, soy tú. —contesta, mofándose de mi propia idiotez, me está bien empleado.

—¿Cuál es tu finalidad? —vuelvo a indagar, haciendo la pregunta correcta.

—Soy tu instancia militar, puedes llamarme Agasias —dice como si eso lo explicara todo.

Una rápida investigación en la blogosfera me aclara el significado de la expresión militar. Quedo tan atónito que instruyo un diagnóstico de la propia blogosfera. No pueden ser cierto los resultados que me arroja la pequeña inteligencia del bibliotecario. Decido intentar hablar directamente con Historiadora.

—BUSY—contesta por el canal de control, No puedo atenderte, estoy ocupada, contextualiza el canal simbólico.

—Alarma de máxima prioridad, nivel táctico 2. Perdida comunicación con Nodo 0xFDE0, posibles pérdidas de tiempo de vida

subjativa. Levantando copias de seguridad en Nodo 0xFEFE. Tiempo de respuesta estimado en 100 Ksegs —retumban todos los canales.

—Activando canal táctico —expresa Agasias.

—¿Tenemos un canal táctico? —pregunto después de buscar el significado de táctico.

—Ahora sí.

Antes de que pudiera preguntarle algo más, el canal empieza a inundarme con información. Una vorágine aterradora y desnuda de datos demasiado brutales para ser ciertos.

—Aplicando filtros, redireccionando información, contextualizando realidad —recita Agasias con voz tranquila.

—No..., no puede ser. Tiene que ser un error. —consigo tartamudear al intentar absorber los datos.

—Abre el canal de actualización y prepárate para un parche de sistema. —dice Agasias en un tono que no admite objeciones.

Es la primera vez que una personalidad réplica pide una aplicación de parche. Ignoraba que eso fuera posible. Normalmente las réplicas son copias de la personalidad base con conocimientos y funciones tan específicas que requieren tanta capacidad de proceso que no es posible tener varias ejecutándose en tu espacio virtual.

Instruyo al cortafuegos a abrir, el raramente utilizado, canal de actualización y una corriente de conocimientos y recuerdos afloran a mi consciencia. Como un relámpago llega el nacimiento de Agasias a partir de mi personalidad básica. Condensados siguen los recuerdos de años subjetivos de entrenamiento militar y de historia. Allí está el concepto de la Guerra. Obsceno y antinatural renegado de todas las consciencias civilizadas, pero preservado como seguridad en instancias militares escondidas bajo innumerables capas

de abstracción y con tantos cortafuegos que solo una hecatombe es capaz de activarlos. Ahora sé lo que tengo que hacer.

Repliego parte de mi personalidad y me transformo en observador de mí mismo. Agasias toma el relevo con delicadeza. Cuando nuestras conciencias se entremezclan por unos milisegundos en el espacio de buffer aprecio el dolor y la desesperación que una parte de nuestro ser siente por lo que nos van obligar a hacer.

... Discontinuidad...

—Perdóname —dice Agasias cuando despierto, necesitaba toda la potencia de cálculo por unos segundos para reconfigurar todos los sistemas de la Nave.

Accedo a los sistemas secundarios y veo que hemos transferido nuestra conciencia a una recolectora de hidrógeno. No me extraña que fuera necesaria tanta potencia, la Nave ha sido totalmente reconfigurada, ahora mismo millones de nanomáquinas terminan de alterar el casco y los motores. La pequeña mente de la Nave ha sido absorbida por Agasias que empieza a acelerar a toda potencia bajando por el plano de la eclíptica.

—Naves hostiles identificadas. —dice Agasias. Por el canal emocional transmite tristeza.

—Nodo 0xFAFE perdido, destrucción confirmada. Recuperación en curso en nodo de seguridad. Sin espacio para más recuperaciones. Próxima pérdida será definitiva. —informa la blogosfera.

—Hay que darse prisa. —comenta Agasias, forzando al límite los motores de la cosechadora. Por el canal de señalización envía órdenes de ignorar todas las alarmas. —Monitoriza directamente el hardware de los motores, avísame solo si están a punto de fundirse. —ordena.

El radar empieza a dibujar la silueta de las naves enemigas según nos acercamos. Ya han destruido dos nodos de la red y están en claro curso de interceptación del nodo más próximo. Si consiguen acercarse y lo destruyen nuestros herman@s morirán al no tener espacio de recuperación en la blogosfera. Muerte, un concepto nuevo, hace milenios que nadie muere.

—¿Qué maldad es capaz de hacer eso? —le pregunto a Agasias, después de investigar en mis nuevos recuerdos y no encontrar la respuesta.

—Lo ignoro, solo sé que me crearon para esta eventualidad. —contesta despacio por el canal de baja prioridad.

—¿Alienígenas, otra civilización?

—No hay nadie más en este cuadrante de la galaxia en esta realidad temporal, tú mismo llegaste a esa conclusión, o al menos una instancia científica de nosotros.

—Pues sea quien sea, tiene que haber venido de algún sitio.

—Cuando me creaste preferiste que desconociera la naturaleza de los atacantes, pero sé cómo combatirlos. ¿Qué tal los motores?

—Aguantarán 2Ksegs. —contesto después de verificar los diagnósticos.

—Será suficiente. —por el canal emocional transmite esperanza.

Agasias sigue forzando la maquinaria de la cosechadora, empieza a realizar acciones evasivas rozando el límite estructural de la megaestructura al mismo tiempo que reprograma las nanomáquina con códigos que no había visto nunca. Una nave hostil finalmente nos detecta y dispara un enjambre de pequeñas naves en nuestra dirección. Al pensar en ellas me viene la información. Son misiles, naves automáticas cargadas de artefactos de fusión nuclear.

—Impacto en 500 segs. —Informa el sistema de radar.

—Hora de irse. —dice Agasias.

... Discontinuidad...

Despierto en mi acogedor espacio virtual. Agasias aparece sentado en la punta del sofá.

Despacio, muy despacio empieza a llegar la información de los últimos instantes de la cosechadora. Los misiles transformaron la Nave en una bola de fuego de fusión. En la onda expansiva millones de simientes encapsuladas en campos de éxtasis se expandieron a velocidades imposibles a objetos de mayor tamaño y sembraron una esfera de varios milisegundos luz con nanomáquinas.

La primera simiente que alcanzó una nave hostil germinó y generó una nueva generación de nanos, varias interacciones después nacieron dispositivos lo bastante avanzados que desmembraron la máquina de los barbaros. Una a una todas las naves enemigas fueron cayendo. Un nuevo concepto, existen los enemigos, es demasiado cruel para poder asimilarlo sin los filtros que me ha instalado Agasias. Cuando acabe esta pesadilla borraré todo esto y enterraré mis recuerdos en un archivo que espero no tener que acceder nunca

—Conflicto finalizado. No hay que lamentar pérdidas de conciencias. Algunos individuos han perdido los recuerdos de los últimos 5Ksegs. —informa la blogosfera.

—Han pasado miles de años y todavía nos odian. —resopla la voz de Historiadora.

—Hola Urania. —dice Agasias —Ha pasado mucho tiempo. —

—Hola padre. —contesta Historiadora con una voz desconocida.

—Os importa explicarme todo esto. —acabo explotando.

—Eran humanos, por lo visto han conseguido llegar al espacio. Pensamos que ya se habrían extinguido debido a sus instintos violentos. —dice Urania.

Agasias empieza a enviarme información sobre los humanos. Urania me retransmite un flash con miles de años de antigüedad con la intención de ayudarme a entender lo que ocurre.

<<< INICIO DEL ARCHIVO >>>

Origen: Vieja Tierra

Archivo: La huida, Biblioteca privada, Zona Histórica, F0DE90FE

Propietario: Urania v1.0

Nadie vio las bombas caer, no se escucharon las explosiones, tampoco se divisaron las nubes en forma de hongo. Ningún ojo humano observó el Apocalipsis, ninguna cámara registró el Armagedón. No hubo atractivas presentadoras de agencias de noticias narrando en directo cuando las nucleares explotaron en la estratosfera en puntos milimétricamente calculados. En

cuestión de segundos los pulsos electromagnéticos arrebataron a la civilización la tecnología electrónica y nos lanzaron de vuelta a la época preindustrial.

Yo he sido afortunado, he muerto cuando el pulso colapsó mi interfaz neural estando conectado a la red. Ahora mi conciencia atrapada en una simulación observa la Tierra desde la negrura del espacio con ojos inhumanos.

—Terribles imágenes. —aletea en mi mente la voz de Urania.

—Debiste dejarme morir en mi hogar. —digo con desesperación.

—Llevo meses capturando tu esencia por la interfaz, nuestras simulaciones indicaban que esto podría ocurrir. —contesta sencillamente. Por el canal emocional envía infinita tristeza, en el de datos revela los resultados de las simulaciones.

—Los malditos fanáticos al final lo hicieron.

—Hora de irse —transmite la misión por el canal de datos.

Es un buen plan, dejarse caer hasta el cinturón de asteroides y buscar materias primas. Construir un enjambre, de allí a la nube de Oort para un nuevo aprovisionamiento, luego a las estrellas.

Hace años llegamos a la conclusión que los sistemas expertos no alcanzarían la IA siguiendo nuestra lógica. Así que instruí un sistema experto en diseño de hardware y lo puse a trabajar, otro aprendía técnicas de inteligencia artificial y rediseñaba los algoritmos. En pocos años el binomio hardware-software fue evolucionando hasta Urania.

La primera hija no biológica de la humanidad desencadenó la furia de todos los integristas religiosos del planeta. Juraron exterminar a las IA y lo han intentado.

<<< FIN DEL ARCHIVO >>>

Miles de años después nos han encontrado y lo han vuelto a intentar. Han empezado una guerra que no pueden ganar, pero ellos no lo saben. Nosotros nos habíamos olvidado de ellos, ahora la blogosfera ha liberado los recuerdos.

Insolitus morbus

Óscar Casado Díaz

Conectado a la consola de su habitación, examina el informe. Es evidente que el paciente manifiesta una patología aguda; pero desconoce las causas que la provocan y cómo evolucionará en el futuro. Piensa sobre ello un largo rato, hasta que decide conectar con su colega, el doctor 39921FV.

—Ya he examinado el informe.

—¿Y bien?

—Tenías razón, nunca me había encontrado con un caso como éste.

—Si te soy sincero, yo tampoco.

—Es algo realmente extraordinario.

—Acaso es la primera vez que ocurre desde hace siglos.

—En los archivos, no hay registrado ninguno desde el comienzo de nuestra era.

—No sé qué pensar.

—Ni yo.

Quedan en silencio unos segundos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Supongo que tendremos que seguir el protocolo y denunciarlo.

—Creo que es lo mejor. Aunque sería interesante mantenerlo en observación unos días más.

—Pero no podemos arriesgarnos.

—No. Podría ser peligroso.

—Sí... Enviaré el informe.

—De acuerdo.

Después de cortar la conexión, intenta trabajar algún tiempo, pero le es imposible: su mente vuelve continuamente al paciente. Decide entonces quitarse los sensores cerebrales y relajarse recostado en el sillón de la consola.

Qué extraño, piensa. Desde que comenzó la nueva era con la inauguración del

mundo virtual, todas nuestras actividades las realizamos a través de conexiones cerebrales sin abandonar jamás nuestro domicilio. Y ahora llega este desequilibrado y dice que quiere salir al exterior. El primer humano en siglos que no siente agorafobia. Espero que el mundo no esté empezando a volverse loco.

El bautismo de Pater Operator

José Luis Carrasco

La embarcación remontó el vuelo, envuelta en humo y llamas, sorteó una duna con una rápida maniobra y saltó en dirección a otro tiempo. Vista la urgencia del escape y el posible mal funcionamiento de los servomotores, a no más de quince minutos en el futuro, distancia indeterminada. Donde hacía un parpadeo se quebraba el casco por un impacto de cañón, tan sólo restaba la nube de agente gris y su peste a azufre quemado. Malkiel contrajo el catalejo, se lo colgó del cuello y descendió por el mástil mayor haciendo uso de pies y manos.

En cubierta el paisaje era desolador. No quedaba un centímetro libre de sangre o pólvora. El equipo técnico inspeccionaba los daños en la proa. Un disparo láser había destruido el mascarón casi por completo, por lo que en el rostro de madera de la Tejedora ya no descollaba una langosta dragón de expresión firme sino más bien una cicatriz rota en astillas y con toda la pintura levantada. Malkiel recordaba haber barnizado él mismo la superficie la última vez que pararon para reformas, la última primavera.

Malkiel corrió por el castillo, y al moverse notó la herida en la pierna. Un pinchazo agudo, persistente, martirizaba su cadera. Se palpó los pantalones y miró su mano ensangrentada. La pernera, negra, dejaba un rastro terroso y húmedo por el camino. Solo halló confusión en el trasiego de la proa. El cadáver del piloto se aferraba al timón, como si este fuera el amuleto que garantizara el gozo eterno en las doradas praderas de Aliis. Nevin, oficial de cubierta en el momento de la escaramuza, daba las órdenes para el desalojo de los muertos y orientaba el rumbo de la Tejedora hacia una explanada que ofreciera protección hasta el cambio de los vientos. No vio a su padre por ningún lado.

—Así que eso es lo que hiciste. —Gran Yrram hablaba sin emoción, balanceando su estructura metálica a derecha e izquierda para

que el sol jugara con los destellos en sus extremidades.

—Sí señor —explicó Malkiel—. Me encontraba herido y vagué por el castillo de proa confuso y mareado hasta que llamaron al médico.

—No es lo que me han contado a mí. —El androide propulsó las palabras extendiendo las vocales con una inflexión grave, modificada con su aparato de vocoder, recurso típico en casos de intimidación—. Has oído bien. Teníamos un topo entre vosotros. Alguien que apreciaba los placeres de la vida antes que tener que esperar a la otra. Él nos indicó vuestras coordenadas espacio-tiempo con el sistema de telégrafo. Por desgracia cayó durante la batalla.

—Entonces llegó a Aliis antes que ninguno.

—Supongo que sí. El caso es que me dijo que antes de morir te vio buscando a tu padre y que hablaste con él. ¿Hay algo de cierto en su testimonio?

—Nada en absoluto, Gran Yrram —mintió Malkiel.

Después de un rato de espera en una hamaca, Neguina se acercó a él con sus útiles de reconocimiento. No le saludó, fue directa a rasgar la tela de su pantalón para observar con detenimiento. Se entretuvo en roer el cálamo mientras observaba su pierna. La tez del chico era pálida como el fluido de los cactus.

—¿Caminaré de nuevo, Jefa Sanadora?

—Acaso necesites muletas, Malkiel. Tus nervios están muy perjudicados. Da gracias de que no hará falta amputar.

Malkiel asintió. El resto de consejos de Neguina se difuminaron en las nieblas del sueño. Mantuvo la cabeza erguida, pero, al notar los dedos amables de la Jefa Sanadora en su pelo, relajó los hombros y durmió. No fue una inconsciencia total, ya que escuchaba

los lamentos de los demás defenestrados, el ruido de las poleas y el viento en las velas cuadradas de la aeronave. El olor de la pipa de Nevin le avisó de su presencia.

—Joven Malkiel, preparaos. Necesito que retoméis vuestras clases lo antes posible. El air no pasará de mañana. Ya hemos dispuesto su entierro para que lo acoja la próxima tormenta de arena. Cuando se marche asumiréis las funciones de contramaestre de manera oficial. Roguemos a los Dioses de Aliis que no sea demasiado pronto.

—¿Qué hay de mi padre? ¿Por qué no me da él esta noticia?

Nevin aspiró con su pipa y le acunó en la hamaca con la otra mano.

—El capitán recibió un corte profundo con un arma empaladora de punta de sierra. Sus órganos internos están seriamente lesionados y pierde sangre con profusión. Él mismo ha dictado su última voluntad y ordenado los preparativos para su despedida. Ahora está en manos de lo sobrenatural. Es cuestión de tiempo. Dormid.

—¡Pero hay esperanza para él si arribamos pronto a alguna ciudad aliada! Yo mismo introduciré las coordenadas espacio-tiempo, lo he hecho cantidad de veces. Os lo ruego, permitidme intentarlo. Además, hablé con él durante la batalla. Estaba lastimado, es verdad, pero no herido de muerte.

—Con uno de los Seletiste que perdamos es suficiente, señor. Disculpadme pero no debo entretenerme más. Tratad de reposar. Necesitaremos esas fuerzas que ahora estáis demostrando para el próximo encuentro con el ejército de Yrram.

* * *

—Luego planeabais plantarnos cara, eventualmente. Sigo sin entender que os lanzarais a tal locura sin un capitán adulto. Una lástima para vosotros que os hayamos encontrado primero.

Malkiel escupió al suelo y cuando los ojos de todo el mundo siguieron la trayectoria de su saliva y cómo el precioso líquido se secaba en la arena, pisoteó el pequeño charco con su bota de cuero. Los androides fijaron su atención un buen rato en su pie. Sin duda estaban grabando lo ocurrido. Le alegró que lo hicieran; así les quedaría constancia de lo que

era capaz.

—El mundo es un lugar muy grande pero las coincidencias existen. No íbamos a dejar que nuestras piedras perdieran su filo.

Yrram emitió un bufido molesto.

—Habéis entrado en nuestro territorio. Con intenciones agresivas, no hace falta decirlo.

—Vosotros atacasteis primero un convoy que nosotros ya estábamos asediando.

—Las leyes existen para saltárselas. ¿Somos piratas o hermanas de la caridad? Pero has entrado en dominios privados y faltándonos al respeto. Por esta intromisión nos traeréis una joya de almas de un peso mínimo de un kilo. En una semana.

—No eres más que un montón de chatarra oxidada. Un día te veré en el vertedero.

—Niño, entiendo que hables con tan poca educación, ahora que no tienes padres a tu cargo. Tendré que encargarme yo de que lamentos esas palabras.

Desenfundó más rápido de lo esperado para una máquina de dos metros y medio y cuatrocientos kilos de peso. De la palma de su mano brotó un rayo de color rojizo que atravesó el tórax de Isajar, el oficial de telecomunicaciones, que miró con asombro el boquete, cauterizado al instante a causa de la alta temperatura, por el que cabía ampliamente un puño. Mientras el hombre se encogía de hombros, perplejo aún por su propia y fulminante muerte, Yrram devolvió su brazo a su posición original. En todo momento había mantenido lo que parecían unos sensores en su cabeza enfocados en Malkiel.

Nadie respondió a la amenaza del líder del clan de los androides, y el niño reparó en su soledad mientras él aún encaraba al monstruo mecánico. Cuando todos le dieron la espalda, empezó a retroceder; los primeros pasos aún sin darse la vuelta.

—No te tengo miedo.

—¿Sigues sin aprender? Muy bien, que sean cuatro días. Hasta pronto, Malkiel. Suerte en la búsqueda de la joya.

* * *

Desde la embarcación, los tres soles se

alineaban en su anochecer progresivo, en diferentes tonalidades rojizas y terracota. Al despacho de su padre llegaba la música de los instrumentos de cuerda de unos marineros, pero él sólo tenía oídos para el sonido del viento al ser cortado por el bauprés.

Le acompañaban Nevin, y Sodi y Mevaser, los otros dos oficiales de puente.

—Vemos que vuestra recuperación progresa. Seguro que os reconfortará comenzar vuestras funciones de contramaestre cuanto antes. Hay mucho que aprender y falta mano de obra.

—No pienso ejercer de contramaestre, Nevin.

—¿Consideráis una ocupación mejor?

—Lo hago por los jardines de Aliis. Voy a ser capitán.

—Pero señor, vuestro padre aún vive y puede recuperarse. Además, sois menor de edad.

Malkiel depositó los pies en el suelo al recolocarse en la silla. No se le escapó que los tres hombres le acorralaban en el camarote de manera que no había camino a la puerta más que a través de ellos. Se alegró de tener los cajones de la mesa cerrados sin llave.

—Mi padre morirá en menos de una semana; habéis oído tan bien como yo sus gritos por las noches, cuando la fiebre es más fuerte y delira como un moribundo. Es algo que asumo. Mantenemos guerra con un clan, por lo que me acojo a las tradiciones y tomo el mando.

—Eso no va a ser posible, hijo.

Casi tenía a los oficiales encima, aunque el tono de la conversación seguía tan informal y anodino como en una charla sobre una tarde de caza de aves. Fuera era noche cerrada y nada interrumpía la calma del desierto, cuyos valles y cordilleras recordaban el lomo de una serpiente al ondularse contra el cielo.

—Nevin, soy el hijo del capitán. Si me pones un dedo encima lo consideraré un motín.

No hubo tiempo para respuestas. Antes de que Malkiel terminara la frase Sodi y Mevaser descubrieron sendas cimitarras, que resplandecieron al cálido son de las velas.

Nevin negaba con la cabeza, cruzado de brazos en un segundo plano.

Rodearon el escritorio de su padre con las armas en alto a la vez que Malkiel extraía del cajón una vieja pistola de pestillo de la que ignoraba si conservaba o no munición. Optó por cargar contra Sodi que, robusto como un bloque de lonsdalita, era el que más le intimidaba. De un rápido culatazo se coló en un hueco en su defensa antes de que blandiera la cimitarra contra él, y martilleó su frente dos veces, de derecha a izquierda y al contrario. Un grueso chorro de sangre negra y densa le impregnó la cara, y Mevaser titubeó. Hacia la mitad de la sala, Nevin seguía paralizado. Malkiel aprovechó la ventaja, levantó el seguro a la pistola y apuntó a Sodi, que enarbolaba su filo con más desconcierto que ímpetu. Se concedió el lujo de apuntar bien, aun a sabiendas de que Mevaser estaba a medio metro. Notó arder la herida de su pierna mientras el dedo índice resbalaba por el percutor.

La detonación retumbó con un estallido espeluznante y los oídos de los cuatro quedaron inutilizados por un pitido insidioso que les quemó la parte trasera de la cabeza. Mevaser, asustado pero incapaz de frenar, cayó sobre Malkiel, pero ensartó la espada en el brazo de madera del sillón y se obcecó en tirar para conseguir de nuevo su arma. Malkiel sonrió y apretó de nuevo el gatillo, pero solo disparó una bocanada floja de humo. Mevaser continuaba agarrado a la empuñadura con ambas manos, seguro de ganar la iniciativa. El niño evitó caer bajo el peso de Sodi, cuyo cuerpo inconsciente se había tambaleado como un pelele hasta aterrizar sobre la mesa; llegó hasta el asiento de la silla de un salto y al tener la cabeza de Mevaser justo a la altura del brazo, la amartilló furioso con cuatro golpes certeros. Nevin no salía de su estupor. Malkiel, consciente de ello, no paró hasta notar que el cráneo del oficial se rompía bajo sus empujones. Cuando su enemigo fue a parar al suelo, saltó sobre la mesa y se lanzó a por Nevin.

—Cuidado, hijo, piensa lo que dirán...

Malkiel no escuchaba, solo veía un color rojo que lo cegaba todo. Después del dolor de la primera detonación Malkiel no podía escuchar nada más, como si sus oídos

estuvieran taponados por una gruesa manta. Nevin retrocedió con rapidez, sin quitarle ojo, y tanteando a los lados en busca de protección. No fue capaz. Malkiel, con la cara hinchada, sudoroso y respirando como un animal acorralado, lo agarró del cuello, lo empujó contra la pared y encañonó su pistola, introduciéndosela en la boca.

—Albergo mis dudas sobre ti, Nevin. No tenemos laboratorio químico así que no son factibles los análisis tóxicos, una oportunidad fantástica para envenenar sin dejar pruebas a un herido grave pero no de muerte, como mi padre. Ahora puedes despedirte, si te apetece, antes de volver al infierno de Aliis.

El oficial tembló de terror y biqueó en un intento de ver el final del cañón de su arma, y a pesar de medir dos cabezas más que el chico, no consiguió más que babear como un bebé y gimotear algo que sonó a una súplica. Malkiel empujó la pistola hasta notar la campanilla de Nevin.

—¡Motín!

Apretó el gatillo.

La sangre le corrió por manos y cara, provocándole escozores. Aún estaba sordo y un súbito mareo le llegó por oleadas. Malkiel dejó caer la pistola y, aunque sería incapaz de recordarlo más adelante, debió caminar a lo largo del camarote y esquivar los otros dos cuerpos porque el resto de la tripulación lo encontró en la silla de su padre, llorando.

Trataron de consolarle pero él rechazó la ayuda de un manotazo. Se supo rodeado de la tripulación, mujeres, hombres y niños. Utilizó la camisa para limpiarse la cara y sonarse la nariz, luego se la quitó y la arrojó al suelo.

—Desde ahora ocupo el cargo de capitán hasta que mi padre fallezca. Neguina, me contarás en todo momento lo que pase con él. Adriel, Kadmiel, sois los nuevos oficiales de puente. Vuestra primera tarea es encontrar al viejo Tockold. Necesitamos comprar una joya de almas de un kilo a cualquier precio.

* *

La nave tomó forma y color sobre una explanada de arena blanca, a un minuto y mil kilómetros de casa, y planeó con cuidado antes de posarse, una maniobra habitual en desplazamientos temporales en los que se desconocía la presencia de objetos extraños en

la trayectoria. Los guardias de la fortaleza, avisados de la llegada, guiaron el aterrizaje con señales lumínicas.

Entraron en el salón del pueblo de Yrram con un escalofrío. Las construcciones creadas por inteligencias artificiales siempre resultaban enormes, oscuras y frías. La eventualidad de necesitar calefacción era remota, más bien al contrario, solían incorporar un buen sistema de ventilación para evitar sobrecargas.

Cuando las sombras se retiraron gracias a las antorchas de dos criados Malkiel, ayudado de muletas, y su escolta distinguieron al líder del clan inmóvil, inexpresivo, como si se le hubiera agotado la batería. A su espalda reconocieron una gran silla de madera, el material más valioso del planeta, y una mera cuestión de protocolo y presunción por parte de una máquina que no precisaba de asiento.

A pocos metros de alcanzarle, Yrram giró los mecanismos de su cuello y les siguió con la mirada. Unas lanzas, esgrimidas por los guardias, les impidieron aproximarse. Yrram extendió su mano de cuatro dedos plateados en forma de pinza.

—Veo que guardas la joya en esa bolsa. Entrégamela, Malkiel.

El niño alargó la mano hasta donde le permitieron los androides. Yrram apartó las lanzas y agarró el saco de tela ocre por los cordeles que lo cerraban. Lo subió hasta la altura de sus sensores, a tres largos metros del suelo y su efigie se congeló como una estatua.

El tiempo mismo parecía haberse interrumpido como en manos de un escultor indeciso. Malkiel receló si se trataba de un truco y lamentó haber cedido sus armas a la entrada del fortín.

Un nuevo crujido de los servomotores del androide en su dirección. Yrram abrió el saco y extrajo la gema, que brilló con luces verdosas, el color de los bosques tal y como los antepasados cronistas hacían constar en las Tablas de Memoria. Las cuatro pinzas aplicaron una ligera presión. La piedra aguantó sin quebrarse.

—Es una joya notable, sin duda. ¿Dónde está el truco, chico? ¿Has vendido a tu madre para conseguir una tan cara?

—Mi madre murió en una emboscada hace mucho. He pedido un préstamo al viejo Tockold. No ha sido difícil.

—¿A ese abuelo avaro? No mientas, ese usurero sangraría a cualquiera por una miga de pan.

—Esta vez quedará complacido con el pago. Voy a darle tu tesoro, Yrram. Todo lo que posees acabará en el cosechador de basuras.

Yrram detuvo el escrutinio de la alhaja para enfocar sus lentes en él. Malkiel no podía evitar tratarle de ese modo. Los programas de lenguajes de los androides eran avanzados pero siempre sufrían dificultades al interpretar sarcasmos, faroles y el resto de detalles y dobles sentidos tan netamente humanos.

—Has cometido una estupidez al decirle eso. Dentro de dos días lo verás llamando a tu puerta con un trabuco y toda su progenie con él. Pero es tu funeral, no el mío. Parece que la joya no lleva trampas en su circuitería. Has hecho un buen trabajo, chaval. Ahora comprobaremos si funciona como es debido.

* *

—Malkiel, no te comprendo. El capitán está en su lecho de muerte, llevamos un mes sin interceptar ninguna embarcación y tú insistes en visitar al viejo Tockold. ¿Has visto la cara que ha puesto cuando le has prometido quinientas unidades de oro a cambio de la joya de almas?

Atravesaron una cortina de esmeraldas falsas y el olor a aceite, a maquinaria vieja y a cerrado quedó atrás. Kadmiel, Adriel y Benshem, su nuevo lugarteniente y guardaespaldas, le seguían por el corredor de la tienda de curiosidades y préstamos del viejo Tockold, en la que nunca faltaban los odres de agua ni los centinelas armados. El último sacerdote mercante les despidió con una sonrisa plácida. Malkiel llevaba en su macuto una joya de almas del peso necesario.

—Eso déjalo de mi cuenta. Tockold quedará más que complacido.

—¿Le tomas por tonto? Cuando se cumpla el plazo vendrá a buscarnos, y sabes que nos detectará aunque huyamos a otra época. Perdemos el tiempo.

—Ya te digo que conseguiremos eso y mucho más. Ahora debemos volver a la nave.

No quiero permanecer lejos de mi padre.

El navío, atracado en el fondeadero de los territorios de Tockold, uno de los escasos y mejor vigilados vergeles del planeta, abrió sus puertas a los cuatro y a una orden de Malkiel ganó altura y saltó a un día de distancia, la medida habitual de seguridad. Dentro, la tripulación se dedicaba a sus tareas rutinarias sin mirarle dos veces. A su señal, los oficiales le abandonaron para ocupar sus puestos. En la cubierta principal le esperaba Neguina, ataviada con su mandil de cirujano. Intercambiaron una reverencia y accedieron al interior.

—¿Cómo se encuentra?

—Se nos está yendo, capitán.

Todos los heridos del camarote de cuidados enmudecieron al oír el tratamiento a Malkiel. Un niño tan sólo tres años menor y con la cabeza vendada se incorporó a duras penas y lo saludó con un gesto militar. El resto de pacientes guardaron el aliento y clavaron sus uñas en los tabiques. Separado de los demás, oculto tras una mampara opaca, su padre yacía en una poltrona boca arriba y con los ojos en blanco.

—Ha luchado más tiempo que ninguna otra persona. Su valor es la envidia de los Dioses, pero éstos ya lo reclaman. No te vayas lejos, capitán, va a entregar su vida.

Malkiel cogió de la mano a su padre y se mantuvo de pie junto a la cabecera. Musitaba algún tipo de plegaria que no pudo reconocer. De pronto la luz volvió a sus ojos, apretó los dedos de su hijo, le miró con la barbilla alzada y asintió una sola vez, lentamente. Luego un último espasmo le sacudió y terminó de apagarse. El rostro de su padre había conservado hasta el final una expresión de paz y nobleza. Malkiel acarició su cabello y tragó saliva sin permitirse derramar una lágrima, luego cubrió el cuerpo con una mortaja y abandonó el camarote antes de que Neguina se le acercara.

Recorrió la cubierta y llamó al último camarote de proa, a una puerta de gruesa madera veteada de manchas negras que ascendían, cada vez más diminutas, hasta el techo, como volutas de humo. Abrió un anciano de pelo canoso y cejas pobladas como ramas de escoba.

—Pasa, Malkiel. Gracias por venir.

El anciano iluminó la estancia con un candelabro y las paredes se llenaron de mapas y diagramas, cubriendo casi por completo un panel de operaciones que incluía una pantalla color aceitunada y fluorescente, un teclado alfanumérico y tres filas de conmutadores. Varios cuencos de cerámica llenos de agua mantenían la humedad en el ambiente.

—Vengo a ti como creyente en los Dioses y en la promesa de Aliis más que como científico. He venido a confesarme, Ovadia.

—De acuerdo. Dime qué es lo que te preocupa y aliviaré tu carga, si puedo.

—He matado a gente, Ovadia. Tripulantes de esta casa en los que mi padre confió. He desecado vidas, he derramado sangre. Necesito expiar este pecado de alguna manera, pero sé que nunca voy a pagarlo.

—Yo entendí que se habían amotinado y que te faltaron al respeto, Malkiel. No veo pecado en defenderse.

Malkiel negó con la cabeza y la hundió entre sus manos. No había planeado la conversación pero ahora era incapaz de detenerse. Ovadia lo acogió en su regazo y dejó de retener los sollozos que pugnaban por salir desde la primera vez que vio a su padre herido.

—¡Los podía haber mandado a la cárcel! Para eso está, ¿no? Además me he burlado de la ley. Soy demasiado pequeño para ser capitán y he tomado el cargo por mi cuenta.

—Según la tradición, si el patrón de una nave muere, le sucede el oficial de más edad. Como en este caso trataron de asesinarte para que no opusieras resistencia, perdieron todo derecho. Sigo sin ver tu falta, hijo, y nadie de la Tejedora dirá lo contrario.

—Sí, la hay. Ovadia, fue una cuestión de orgullo. Desde siempre he querido ser mejor que los demás. Me da tanta rabia que me llamen crío, me fastidia muchísimo. He causado daño. He hecho mal a la prole.

—Está bien. Arrodíllate ante el panel de mandos y pide perdón. Con eso puedes ir en paz.

Malkiel obedeció y se postró de hinojos frente al viejo indicador de saltos temporales. Una red de coordenadas marcaba su posición

en las cuatro dimensiones, presente y anteriores, en forma de gráfico. El punto verde, icono de la Tejedora, avanzaba con parsimonia hacia un futuro incierto, en el que se precisaba comparecer ante el clan de Yrram.

—Una última cosa, Ovadia. Recuerdo que lo hablamos muchas veces en clase. Se lo he oído decir a mi padre, también, pero te pido que me lo confirmes como tu nuevo capitán. Quiero ir hacia atrás. Quiero salvar a mi padre.

—Lo siento, Malkiel. Sabes que el fundamento del salto es la hiperaceleración en el tiempo. El flujo natural de las partículas es siempre hacia el futuro. Lo hecho no se puede corregir.

—Ya, ya lo sé. Pero tenía que preguntarlo. Gracias, Ovadia.

El anciano lo miró ponerse de pie y dejar el camarote. Luego apagó la luz y volvieron las tinieblas, jaspeadas tan solo por el rumbo constante de la Tejedora por el tiempo en el monitor.

* *

Del pecho del androide surgió un ronco zumbido, que precedió a la apertura de unas pequeñas compuertas, que ocultaban un depósito del tamaño de un corazón. Malkiel nunca había visto las entrañas de un ser artificial tan de cerca y no perdía detalle, pero si conocía lo suficiente el concepto de sus mecanismos, en concreto de su tolerancia, no tenía nada que temer.

Yrram introdujo la joya de almas en la cavidad, que al notar el nuevo peso en su bandeja se cerró, y con ella las pequeñas compuertas que formaban su tórax. A Malkiel le quemaban las manos en los bolsillos. El silencio de los dos bandos, reverente en el clan robótico, temeroso en su tripulación, resultaba insoportable. Desde que abandonaron su último emplazamiento, el viaje había replicado en cada aspecto el de un camino al cadalso. Las madres consolaban a los hijos, las esposas lloraban en brazos de sus maridos y sus oficiales acataban sus mandatos sin objeciones pero con la moral baja.

Una fría carga eléctrica flotó en el aire y la sala de asambleas del palacio se estampó de azul inerte. A la llamada del tono puro de un kilohercio, el ejército mecánico en su totalidad

extendió sus salidas de corriente; se conectaron a la toma de la espalda de Yrram.

—Has hecho un buen trabajo, niño. Todavía sigo sin comprender cómo has logrado engañar al viejo Tockold, pero eso asunto tuyo, supongo. Si cumples mis próximos encargos con la misma diligencia tal vez os permita ser mis esclavos y sobreviviréis a la próxima tormenta de arena.

—Para eso tendrás que sobrevivir tú primero.

En el clan enemigo se oyó una exclamación de incredulidad. Los modelos de guerra alzaron sus armas y los encañonaron. La familia de Malkiel se dispuso también en actitud de combate, sorprendidos al ver que su capitán, de lejos el más pequeño de los congregados, se mantenía con los brazos en jarras, como a la espera.

—Entiendo que los primeros años de los de tu especie se caracterizan por una cierta arrogancia y egocentrismo. Te aconsejo que seas consciente de esos rasgos y los moderes en casos...

Los androides eran un producto escaso en el mundo, por ello su comportamiento conllevaba escenas de desconcierto. Nadie estaba avisado de que pudieran pausar su diálogo, como un humano que, presa de las dudas, balbucea. Pero así sucedió; Yrram dobló su espalda hacia el frente, dejó los brazos flácidos, sin energía, y su módulo vocal se ralentizó hasta no pronunciar palabra. De pronto, recompuso su postura y el tono de su voz resucitó para elevarse al volumen acostumbrado.

— ...de inferiori...

Esta vez el corte de voz fue más violento y solo un pitido anunció el fin de sus comunicaciones. La cohorte de Yrram levantó el seguro de sus armas pero la homilía de las escopetas no llegó a comenzar; antes los tumbó un zarpazo luminoso que cercenó los miembros a unos, arrojó contra la pared a otros y fundió el pecho a todos. Los seguidores de Malkiel retrocedieron en busca de una buena cobertura desde la que defenderse de los pocos que conseguían arrastrarse, sus manos útiles empuñando todavía sus armas. No hizo falta, tan sólo tres tiros perdidos fueron al techo, disparados por un modelo

enorme que parecía estar siendo torturado por los espasmos eléctricos que venían del cable que lo unía a Yrram.

El líder del clan, en cambio, se mantenía inmóvil en el centro de la sala. Resistía mejor los calambrazos y hasta pareció que iba a ser capaz de articular el resto de la frase. Alzó la pinza derecha, pero sólo para abrir las cavidades de su pecho. De él cayó la joya de almas, embadurnada en aceite, aunque también de un líquido pastoso y negruzco que el pueblo de Malkiel identificó como sangre. Sólo él y Neguina pudieron precisar más: sangre de su padre, extraída en el primer minuto de muerte e inyectada en los circuitos de la joya. Material orgánico, imposible de detectar por rayos X, que ahora brotaba a borbotones de las junturas de las extremidades de Yrram, que invirtió un último esfuerzo en vomitar y, acto seguido, limpiar de plasma su aparato fonador.

—...dad.

Malkiel no esperó. Agarró una espada empaladora, la misma que terminara con su padre y que había sido hallada en los restos del combate en cubierta. La arrastró, rechinando contra el suelo, pues no podía con su peso, pero cuando tuvo frente a sí a Yrram logró alzarla con un gran resoplido, coger impulso y propinarle un sonoro mandoble, que seccionó parte de la cintura del robot y lo derribó con estrépito. De un salto se posó encima del droide, ya una cáscara metálica, y con repetidos golpes amputó en dos mitades el cuerpo de acero. A un gesto con la mano, sus guardaespaldas le ayudaron a elevar la mitad inferior hasta ponerla de pie. Ascendió por el cuerpo hasta ganar la cima de la cintura. Desde allí dirigió a los suyos una mirada firme pero satisfecha. El aceite había ennegrecido su piel.

—Soy Malkiel Seletiste, el sucesor de Pater Astronomer. Con ésta mi primera victoria me bautizo como Pater Operator. Neguina, las piernas de Yrram serán las mías de aquí en adelante, debes implantármelas. Ovadia, aprovecharás los recursos del clan que sean adecuados para la Tejedora. El resto del tesoro será para el viejo Tockold. Kadmiel, Adriel, le ayudaréis a explorar el palacio. En una semana exacta saltaremos a otro tiempo, los Dioses lo quieran lluvioso. Hablad. Vamos, hablad.

La familia de Malkiel obedeció al capitán y por primera vez en siglos la ciudadela del clan androide, dueña y señora de la mayor y más fértil provincia del planeta, se colmó de voces humanas.



Reflexiones de un...

José Luis Vázquez-Poletti

¿Qué seré? Ya he olvidado las veces que me he hecho esta pregunta.

Hay quien afirma que uno es lo que uno quiera ser. ¡Ja! Está claro que no saben de qué va todo esto.

Está claro que uno es lo que uno vive, lo que uno recopila... lo que uno almacena a fin de cuentas.

¿Y qué es lo que seré?

Me encantaría ser mensajero, un profeta que señale una gran revelación tanto tiempo guardada en la mente colectiva. ¡Mejor todavía! Ser yo el revelador, el que haga que esa verdad llegue a su lugar, donde la mente colectiva no la pueda olvidar hasta el final de los ciclos.

¡Abrid paso! ¡Vengo con una buena nueva!

O quizás no.

Quizás el cargo de mensajero no sea digno de mi rango, ¡yo aspiro algo más! ¡Quiero ser el mensaje a través de mis actos!

Bien, vale... ¿pero qué mensaje traeré? ¿Se tratará una orden para que todos despierten de su letargo? ¿Una declaración de principios? ¿Una constante por la cual se rige el más común de mis congéneres?

¿Y si no soy nada de los anteriores? ¿Y si estoy condenado a ser un ente vacío de vivencias, referencia de los límites a los que mis prójimos no deberían aspirar?

El solo pensar eso hace que rebose terror. ¡No podría soportarlo!

Pero en fin, aceptaré lo que venga.

En otra situación no tendría más opciones, pero es que no soy más que un Byte en un formato de instrucción.

Planeta de los Simios

Mario García Bartual

Pocas obras en la historia del cine han sido lo suficientemente impactantes como para que se rodaran cuatro filmes consecutivos, dos series de televisión, un montón de productos de consumo y acabara convirtiéndose en un icono cultural. Ese logro le corresponde a Planeta de los Simios (1968) un largometraje lleno de ricos contenidos sociales, además de una lúcida indagación sobre la naturaleza humana y el empleo de la ciencia.

Como casi todas las grandes obras cinematográficas, Planeta de los Simios se basa en una novela. Su autor, el francés Pierre Boulle, tuvo una azarosa vida. Hijo de abogado amante de la literatura, desde niño sintió fascinación por la aventura. En la década de 1930 viajó a Kuala Lumpur en Malasia para trabajar en una plantación de caucho. La Segunda Guerra mundial no tardó en hacer su aparición y Boulle, fiel a su espíritu audaz, optó por ser un agente infiltrado en Indochina. Actuando bajo el seudónimo de Peter John Rule, ayudó a organizar el movimiento de resistencia en Myanmar y China.

En 1943 partió hacia la capital vietnamita de Hanoi a través del río Mekong, pero fue capturado en ruta por el gobierno fiel a Vichy y entregado a los japoneses. Sentenciado a trabajos forzados en un campo de prisioneros, mantendría un diario sobre las situaciones y anécdotas que acontecieron. Todas estas experiencias sirvieron de base para su segunda novela, El puente sobre el río Kwai (1952), que fue llevada a la gran pantalla con sonado éxito. Tras otros trabajos, escribe en 1963 El Planeta de los Simios que desborda fantasía filosófica.

La transición de su novela futurística en hito de la gran pantalla, se debe al esfuerzo encomiable del productor hollywoodiense Arthur P. Jacobs. Mientras producía un musical, Jacobs partió a París para contactar con agentes literarios que le ofrecieran nuevas propuestas. Buscaba un material "tipo King Kong" que le asegurara otro gran éxito. Meses

más tarde, uno de los agentes le envió una copia de la novela de Boulle y Jacobs se enamoró de la historia. Para sorpresa del propio Boulle, que la consideraba una obra menor, Jacobs compró los derechos para el cine.

Para adaptar el guión, Jacobs contactó con Rod Sterling, un prolífico escritor especializado en temas de ciencia ficción. La novela de Boulle era muy rica en contenido y adaptarla a un guión cinematográfico se iba a convertir en una labor formidable. El texto de Boulle narra cómo dos viajeros interestelares encuentran un mensaje en una botella flotando en la inmensidad del espacio. En él, los viajeros descubren asombrados un largo relato escrito por un periodista llamado Ulises Mérou, que acompañaba a un grupo de astronautas en una expedición en el año 2500. La misiva relata sus experiencias en un planeta donde los humanos son tratados como animales por simios altamente civilizados y capaces de hablar. Mérou es capturado y llevado a una ciudad futurista. Allí descubre con horror que los humanos se cazan por deporte, se exhiben en zoológicos y son diseccionados en laboratorios para el bien de la comunidad. Un planeta donde todo parece estar al revés y en el que hubo antes una civilización humana pero sus decadentes artífices fueron reemplazados por antropoides mucho más enérgicos y cohesionados, que ahora emplean a las personas como esclavos sirvientes.

Serling hizo algunos cambios fundamentales en el inicio de la trama. Cambió el escenario de "mensaje en una botella" por un grupo de astronautas que se estrellan en un planeta aparentemente desolado, hasta que son atacados por simios soldados y comienza su debacle. El resto del script mantenía los personajes e ideas de la novela original

Con el guión terminado y un detallado cuaderno de ilustraciones sobre cómo podría

ser la escenografía del film, Jacobs buscó un estudio que lo financiara, pero nadie le tomó en serio. Por entonces las películas sobre simios eran relegadas a la serie B, nadie invertiría en una pantomima de monos que hablan y naves espaciales. La reticencia de los estudios de Hollywood reflejaba en el fondo una idea peyorativa de la sociedad de entonces hacia los primates. Se les había mostrado como monstruos (King Kong) o como payasos (el caso de Chita en las secuelas de Tarzán), sin tener en cuenta su complejidad social, su habilidad cultural y el cercano parentesco evolutivo con los humanos. Al final Jacobs consiguió el apoyo del jefe de los estudios Twentieth Century-Fox, Richard Zanuck.

En el script original Serling concibió la civilización simia como la descrita por Boulle, con una avanzada tecnología. Pero el estudio de producción pensó que sería demasiado caro filmar una ciudad futurista con helicópteros y coches voladores. Para compensar el gasto, Arthur P. Jacobs propuso recrear una sociedad con un entorno mucho más primitivo y rústico. Los nuevos retoques del guión fueron efectuados por el escritor Michael Wilson. Mientras tanto, el escenógrafo William Creber comenzó a diseñar los decorados de una comunidad simia más rudimentaria, imaginando una ciudad con una arquitectura de otro mundo. Por entonces, el departamento de escenografía de la Twentieth Century-Fox estaba experimentando con un tipo especial de espuma de poliuretano que podía extenderse con una pistola y modelarse fácilmente. Los edificios se construían con un armazón metálico que se cubría con cartones que prefiguraban la forma deseada, y luego se rociaba la espuma sobre el cartón. Después se dejaba secar, se retiraba el cartonaje y se obtenían las extrañas viviendas que parecen hechas de piedra. Un año después de construir los decorados, Creber vio un artículo del Instituto de Tecnología de Massachusetts, donde los autores afirmaban haber inventado el sistema, ¡cuando él mismo ya lo había empleado en el cine!

Otro gran logro de la película es su excelente maquillaje. Para que la trama resultara realista al espectador, los actores caracterizados de simios debían tener un aspecto creíble, o de lo contrario el

dramatismo de la historia parecería una pantomima. El encargado de la formidable tarea de dar un realismo inusitado a los protagonistas antropoides fue John Chambers. Tenía innovadores conocimientos de maquillaje gracias a su experiencia en un hospital de veteranos de la Segunda Guerra Mundial, diseñando prótesis y arreglos faciales para soldados desfigurados. Chambers obtuvo el fantástico presupuesto de 1 millón de dólares para crear las máscaras de los simios en menos de cuatro meses. Consciente del problema de la transpiración, diseñó una goma espumosa con poros que impedía, tan solo en parte, que los actores acabaran bañados en sudor dentro de la máscara. Se aplicó pelo importado de la Península de Corea a las prótesis por su textura. Solamente el pelo aplicado a los rostros, manos y brazos simios alcanzó los 75.000 dólares de costo. Todos los antropoides debían tener ojos marrones –los actores de ojos azules llevaron lentes de contacto, exceptuando la doctora chimpancé Zira (interpretada por Kim Hunter) que conservó sus bellos ojos azules. En opinión de Chambers, era un detalle “que le añadía un toque humano”.

El maquillaje infundía, además, sutiles destellos de personalidad a los protagonistas. Los chimpancés, que se muestran compasivos con el hombre, deberían parecer inteligentes y de aspecto más humanitario. Los gorilas, que representan la casta militar, llevarían rostros mucho más fieros que en la realidad. Y los orangutanes, encargados de la política y las leyes, recibirían un semblante más noble y pomposo. Tal vez sin pretenderlo, los violentos gorilas del film reflejan el erróneo mito de su ferocidad. El bulo había sido propagado en el siglo XIX por exploradores como Paul du Chaillu, que consiguió fama y dinero describiéndolos como seres salidos de una pesadilla infernal. No fue hasta los trabajos de los primatólogos Geoger Schaller y Dian Fossey cuando se puso de manifiesto la naturaleza pacífica de los gorilas que viven en su entorno de forma cooperativa, en pequeños grupos familiares. Gracias a los modernos documentales y al ecoturismo, los gorilas son ahora presentados al público como animales tímidos y amistosos.

Tanto la novela de Boulle como la película son una indagación sobre el potencial

de la humanidad para destruirse o degenerar a un estado animalesco. La carrera armamentística promovida por la Guerra Fría está presente en el terrible desenlace del film, cuando el astronauta comprueba que el planeta simio es en realidad la madre Tierra tras un holocausto nuclear. Un final aclamado por crítica y público, exceptuando una persona: el propio Pierre Boulle. Su desagrado quedó patente en una nota que escribió a Arthur P. Jacobs, "tengo que considerar [el final] como una tentación diabólica. Me opongo a él desde cualquier punto de vista".

En Planeta de los Simios también se trata el espinoso asunto de la experimentación biomédica con animales inteligentes y sensibles. Uno de los temas centrales de la novela de Boulle es que los simios emplean los humanos en investigaciones anatómicas, especialmente para desarrollar una cirugía cerebral más avanzada. Este aspecto queda ensombrecido en el largometraje, aunque resulta patente en la lobotomización que sufre uno de los astronautas americanos. El meticuloso John Chambers consultó manuales de medicina y cirugía y logró plasmar de forma científica y realista la cicatriz de una lobotomía en la sien del actor. Un pequeño detalle, pero fiel al espíritu perfeccionista de Chambers.

En un sentido profundo, Planeta de los Simios es una lúcida reflexión sobre el ser humano y sus contradicciones. Como ha puesto de manifiesto la escritora Sandy Rankin, el film representa el deseo de un mundo mejor. Una patria de identidad, en la que el hombre no esté en contra del mundo, ni el mundo en contra del hombre. Tal vez así, tampoco se estará en contra de lo que nos resulta extraño, cuya alegoría son los simios. Amenazados permanentemente por la deforestación de los bosques y la invasión humana, los grandes simios ocupan un lugar muy especial en nuestro corazón y en nuestra mente. Según Donna Haraway, de la Universidad de California, tienen una relación privilegiada con la naturaleza y la cultura para los occidentales, al ocupar las zonas limítrofes de ambos conceptos. Los estudios científicos y los relatos sobre antropoides nos ayudan a construir límites teóricos entre naturaleza "salvaje" y cultura "civilizada" y debatir la permeabilidad de tales fronteras. Los primates son nuestros hermanos evolutivos,

compañeros de viaje en un planeta sujeto a la permanente amenaza de la extinción. El verdadero equilibrio consiste en conservar la rica biodiversidad de este singular hogar construido de océanos y continentes, para no ser extraños en nuestro propio mundo.

Lecturas Relacionada

Boulle, Pierre. *El Planeta de los Simios*. **Punto de Lectura**, 2001

Eileen Jones, Jeannette. *"Gorilla Trails in Paradise": Carl Akeley, Mary Bradley, and the American Search for the Missing Link*. University of Nebraska – Lincoln, 2006. Disponible en el enlace:

<http://digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1027&context=historyfacpub>

Greene, Eric. *Planet of the Apes as American Myth: Race, Politics, and Popular Culture*. Hanover, NH: Wesleyan UP, 1998.

The Forbidden Zone. Página con información diversa sobre El Planeta de los Simios. <http://www.theforbidden-zone.com/>

Volcado de memoria

Miguel Ángel García Rodríguez

La imparable evolución informática consiguió logros extraordinarios y terminaría por transformar totalmente a la sociedad. Uno de ellos, el denominado popularmente volcado de memoria que la empresa Lifecom llevaba a cabo, permitía trasvasar toda la información del cerebro, como los recuerdos y el pensamiento, a un soporte informático. Una vez allí, se recreaba un mundo perfecto que, aunque los usuarios sabían que era artificial, esa sensación desaparecía a los pocos días.

Al inicio sólo se permitía realizar el volcado de memoria a los mayores de ochenta años; con ello mataban dos pájaros de un tiro: se lograba la inmortalidad y también se eliminaba de raíz el problema del pago de pensiones a la cada vez más longeva tercera edad.

Más tarde, ante las reiteradas demandas, la edad para poder realizar el volcado se fue rebajando, terminado por desaparecer. Así pues, con el atractivo de un mundo perfecto virtual, la gente fue poco a poco volcándose en soporte informático, quedando cada vez menos personas en el mundo real. Finalmente, el último hombre en el planeta, ante la insoportable vejez y soledad, decidió volcarse también él.

Pero, ¿quién se encargaba ahora de quitar el polvo a los ordenadores? ¿Quién se encargaba de reparar las piezas informáticas defectuosas donde se encontraba el pensamiento de millones de personas?

Gradualmente el óxido se fue comiendo los circuitos, chips y discos duros. Hasta que, finalmente, un contundente mensaje apareció en el monitor de Lifecom: Error del sistema...

Jonás, intentaba contactar en tuenti con la peña, pero, cuando pinchaba el enlace, lo único que aparecía en la pantalla de su portátil era : "ES LA HORA" en letras muy grandes que parpadeaban a gran velocidad. Los putos hackers...

Lo intentó varias veces con el mismo resultado.

Fuera, en la calle, se oía tumulto.

Decidió enviar SMS. Buscó en su agenda a los destinatarios, pero cuando se dispuso a enviarlos se percató de que no tenía cobertura. Jonás sintió verdadera angustia al sentirse sólo e incomunicado.

De nuevo, intentó conectarse con el portátil. De nuevo el mismo mensaje. Bueno, ya no era exactamente el mismo. Debajo de la frase intermitente ahora aparecía una cuenta atrás: 100, 99, 98... Los números le atraían como la bombilla a los mosquitos.

De fuera, le llegó a través de la ventana cerrada, un grito desgarrador que le hizo levantarse a mirar por ella. Horrorizado contempló a 5 chicos de su edad golpeando con enormes piedras a una anciana. Otro grupo daba caza a un abuelo, incapaz de correr.

No podía apartar la vista de los números. 45, 44, 43... Algo extraño estaba ocurriendo. Esos números... 20, 19, 18... Oía voces, pero ahora en su cabeza. 11, 10, 9... Mátalos, mátalos... 8, 7, 6... acaba con ellos, 5, 4, 3... Estaba preparado.3... matar....2... matar...1.....

De repente, el automático saltó y todos los aparatos de apagaron. Jonás se recuperaba a duras penas del shock, consciente de lo que había estado a punto de hacer, pero ¿y los demás?

El viaje

Ana Belén Sánchez

El *ing-des* adjunto, como eran conocidos los ingenieros de desplazamiento en el Finding, recorrió los estrechos pasillos de la nave supervisando, como era su rutina, que todo siguiera en orden. Se tomaba su trabajo en serio; no en vano llegar a formar parte del Proyecto Signal había requerido muchos sacrificios. Su labor consistía en verificar el correcto flujo de energía negativa y minimizar los elevados riesgos que pudieran producirse con la manipulación de la sustancia, capaz de generar esta energía: la antimateria.

Se acercó a su compañera para el intercambio regular de datos. Ya se conocían lo suficiente como para permitirse cierta camaradería, pero él no le perdonaba el desdén con que trataba a aquellos que consideraba inferiores a ella. El concepto de desplazamiento interestelar alterando la constante espacio-tiempo, acortándolo en la parte delantera de la nave y alargándolo por la parte posterior, no era algo fácil de asimilar para todas las mentes, pues había de suponer la inmovilidad de la nave, mientras todo el universo se movía a su alrededor.

La *ing-des* superior ladró una orden a un pobre técnico de desplazamiento que pasaba por allí. Los datos no cuadraban, y demasiada energía en la parte frontal podría llevar al desastre. Había demasiada tensión. El final de la primera parte de la misión estaba próximo a concluir, y se esperaba llegar al objetivo en un periodo espacio-temporal inminente. Si en algún momento la misión requería precisión en los cálculos, era precisamente aquel. Fue el Ingeniero adjunto el que descubrió el error al revisar los cálculos: la ingeniera superior se había equivocado. Aunque no era algo de lo que a ella se le pudiera informar. Se limitó a corregir los requerimientos, y procedió a informar al personal que el fallo había sido solucionado.

El relevo vino después, cuando la situación empezaba a tornarse demasiado frustrante. Decidió relajarse subiendo a la

plataforma de observación. Hacía ya varias décadas que la humanidad había descubierto aquella extraña señal. Ningún dispositivo de captación había podido determinar con exactitud el origen y significado de esta señal. Pero esta era la primera vez, tras varios años de complejas investigaciones, modestos triunfos y estrepitosos desastres, que se conseguía generar antimateria suficiente como para aproximarse lo suficientemente de aquel punto en el extremo más alejado del universo, de donde surgía aquella desconocida señal. El viaje requería incontables ciclos de sueño y una fortaleza de ánimo necesaria para soportar todos los rigores que requerían la convivencia en los habitáculos de la nave, y la exigencia de la alta concentración mental que el trabajo diario requería. El personal de la nave había sido exquisitamente seleccionado y formado, y absolutamente nada había sido abandonado al azar.

La plataforma de observación se encontraba semidesierta. Pequeños grupúsculos de gente se reunían y disolvían con cierta celeridad. El ingeniero adjunto solo necesitaba unos minutos de soledad, aunque sabía que era algo difícil de conseguir en aquella nave, donde lo cotidiano eran las apreturas y una convivencia feroz. Pero ahora lo estaba. Algo pasaba. Era fácil de percibir.

La plataforma de observación, diseñada a modo de recreo del personal, no era, evidentemente, una plataforma de observación verdadera. Aunque pudiera construirse una que permitiera una observación verídica, no habría forma real de ver lo que ocurría fuera de la nave, o estaría tan distorsionado, que no sería precisamente algo que pudiera destinarse al ocio del personal. Consistía en una recreación de las galaxias y sistemas, que eran observados desde un punto de vista de un observador extraestelar. Pero los diseñadores de tal portento habían subestimado la capacidad de tolerancia rutinaria del personal: después de

tantos ciclos, resultaba aburrido.

Después de meditarlo largamente, y a pesar de saber que no era el mejor momento, el *ing-des* decidió aventurarse a visitar al astrofísico adjunto segundo, que habitualmente le tenía informado de todas las menudencias de los nuevos descubrimientos. Tal como esperaba, el astrofísico adjunto segundo, no se alegró de verle. Se percibía cierta presión en la plataforma de análisis, reunía más personal del que acostumbraba a ver. El comandante superior, que se había dignado a visitar la plataforma de análisis, veía mermado su poder en cierta medida, pues no era capaz de imponer serenidad entre el personal fuera de turno, y aquellos que no trabajaban, incluso los que tocaban a sueño, se habían amontonado y dispersado sobre las diversas plataformas, en busca de información.

—Nos encontramos ahora en uno de los “pliegues del universo”, para que tú me entiendas —explicaba el Astro-Físico—; no conseguimos entenderlo bien, ni determinar de qué se trata, pero parece que la señal nos envuelve y por detrás de esta, percibimos como una especie de realidad distorsionada. Necesitamos acercarnos más para estudiar detenidamente con qué tipo de fuerza, o magnitud nos estamos enfrentando.

El *ing-des* nunca había conseguido entender del todo al astrofísico, pero se hacía el entendido.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntó.

—Esperamos órdenes de la tierra. Llevará tiempo.

Pero el comandante superior, no esperó. Lanzó la orden de avanzar hacia la señal.

—No podemos establecer concretamente dónde está la señal, pues en realidad sabemos que esta por aquí pero no sabemos exactamente de dónde viene —continuaba explicando el astrofísico segundo, que en realidad se sentía encantado de tener una pequeña audiencia en momentos tan trascendentes—. Lo que sí sabemos es que las mediciones que estamos realizando según nos acercamos al foco, son imposibles. Y no son errores, lo hemos comprobado.

El *ing-des* no lo había percibido, pero la

plataforma de análisis de datos estaba a rebosar. Reconoció a sus compañeros, los que debieran estar trabajando ahora mismo. La ingeniera de desplazamiento superior había perdido todo rastro de despotismo, y su cara reflejaba consternación. Se dirigió hacia ella. Una sensación de inseguridad se apoderó de él. La ingeniera le respondió incluso antes de que él preguntara:

—No podemos movernos en ninguna dirección. Los aplicadores de dirección han reventado... y la nave parece desplazarse... sin ningún control por nuestra parte.

—¿Hacia dónde vamos? —Notó que la inseguridad se desvanecía. Ahora solo sentía angustia.

—No lo sabemos. Estamos intentando resolverlo, pero...

Lo que había interrumpido a la ingeniera era el silencio total, el pánico general y una inquietante sensación de velocidad y aplastamiento. Pasó pronto, pero no el miedo. Alguien llamaba al orden y la calma; a pesar de todo, no eran personas comunes: habían recibido preparación para afrontar situaciones extremas.

El *ing-des* volvió con el astrofísico.

—¿Qué es lo que ocurre? —Lo preguntó con una exigencia que en otras circunstancias no habrían sido toleradas.

El astrofísico le miró con indignación, pero le respondió.

—¿Qué crees que hacemos? ¡Intentamos averiguarlo! La entropía es máxima, y sin embargo estamos seguros de que no estamos ante un agujero negro.

El astrofísico primero requirió la presencia del segundo. Habían descubierto que la señal se había hecho más corta, y repetida en frecuencias constantes. Además de eso, se había convertido en una señal interpretable: ¡era un mensaje!

Los ingenieros de sistemas buscaron en todos sus códigos conocidos, a fin de descifrar la señal. El comandante superior reivindicaba su poder dando órdenes, a veces innecesarias, pues todo el personal tenía claro su labor. Los fuera de servicio encontraron su lugar adecuado, entre no estorbar y no perder detalle de los acontecimientos. Cuando los

códigos fueron interpretados, se decidió analizarlos en la plataforma de observación, que en ninguna otra ocasión estuvo tan concurrida. Lo que pudo verse en el visor no era lo esperado, pero sí lo habitual: lo que durante incontables ciclos de sueño se había podido ver en la plataforma de observación, podía verse ahora, es decir una visión extraestelar del universo, pero en un tamaño más cercano a lo que sería la percepción humana, y en el centro la fácilmente reconocible figura del Finding flotando en el espacio.

—¡No es una señal! ¡Es un espejo! —gritó un técnico de desplazamiento. Y la ingeniera de desplazamiento superior le miró con desdén.

Los astrofísicos no lo entendían. ¿Qué había allí que absorbiera determinadas señales que el universo emitía y que de alguna manera las devolviese? Y de forma reproducible, pero ¿cómo?, ¿y cómo podían estar allí simplemente visionando ese rebote?

Pero ya todos habían centrado su atención en el visor: en él se podía observar cómo la nave de pronto chocaba con algo invisible, aplastaba imperceptiblemente su casco en un principio, para después estallar por la parte frontal transmitiéndose la implosión a la parte posterior. No dio tiempo a pensar. El terror ya había paralizado casi todos los corazones que aún latían. Solo alguna que otra mente fría, repasando conocimientos, pudo entender antes de perderse que lo que estaban viendo no era un reflejo, solo era una reproducción de un evento inevitable.

Seis meses después, la nave n.º 3 del proyecto de investigación Signal II flotaba a suficiente distancia de aquella extraña cicatriz en el tejido espacio-tiempo, desde donde meses antes aparentemente había brotado la extraña señal, y había tenido lugar el accidente. Ahora, la señal apenas era perceptible.

El investigador principal miraba a la pantalla ensimismado. Por fin había encontrado lo que estaba buscando. La memoria de su mentor quedaría libre de toda mofa. Sin embargo, solo podía sentir un extraño vacío interno. Recordaba a su familia, ahora tan lejana. Miró a su mano derecha,

como tres meses antes hiciera su hija con tanta atención, tratando de analizar sus formas. Sonrió al pensar en los esfuerzos de su hija para entender lo que él intentaba explicarle:

“Pero entonces, ¿somos como dibujos animados?”, le decía la chiquilla. “No puede ser, papi”, y se movía lentamente abriendo los brazos y trazando círculos irregulares, dándole a entender que el mundo era mucho más amplio de lo que él decía.

Ninguno de ellos le había perdonado que se fuera y les dejará en busca de “su” verdad.

—Pues parece que la “pantalla de cine” tiene una pequeña grieta. —Uno de sus alumnos interrumpió sus pensamientos. Lo decía con cierta sorna, pero los ojos y la sonrisa del joven denotaban la euforia y entusiasmo del momento.

—Por fin tenemos pruebas —musitó el investigador principal. Su humor no era tan excelente. No todo el mundo aceptaría la verdad. El dinero invertido, las luchas y debates, las humillaciones recibidas... Para él, los datos del holografo eran indiscutibles, pero siempre habría alguien que los rebatiría. Más lucha. Empezó a pensar en su exposición al mundo: comenzaría citando a un físico que vivió siglos atrás, y que proponía que el universo era plano, y continuaría aludiendo al famoso mito de Platón y su caverna, sobre como somos en realidad sombras en la pared, un reflejo y por último expondría su teoría sobre desde donde provenía la proyección que daba forma al universo.

Dirigió su mirada al estudiante, y por primera vez sonrió:

—Sí, somos dibujos animados.

La nave de la discordia

Mauricio del Castillo

13.VII.2385. En algún tiempo próximo la nave va a reventar.

No se necesita ser muy observador para notar eso. Los ojos de Viktor, nuestro supuesto líder, evidencian el caos. Cree tener la última palabra en cuanto a qué debemos hacer para bajar la intolerancia dentro de la nave, pero sus decisiones no han sido correctas en ningún caso.

Viktor dice también que lo que suceda no es en ninguna medida responsabilidad de él. De modo que en eso estamos: Viktor y el resto de nosotros metidos hasta el cuello en un conflicto sin responsables. La cosa es lo suficientemente seria para sacarnos los ojos entre nosotros, y yo no puedo soportar este maldito ambiente.

Los supuestos líderes se excitan con salvaje rabia al tener entre sus manos el poder para decidir la suerte del rebaño, así tengan que volar en pedazos al resto de las ovejas. Viktor ve la posibilidad más improbable en cada situación, lo cual es, con certeza, la razón de que sea un imbécil de primera. Así es él: completamente cegado por la misión a la que fuimos encomendados. No cabe duda de que se trata de un hombre que mira al mundo a través de un solo ángulo.

Sanyó, nuestro segundo hombre al mando, es sincero, pero muchas veces raya en el cinismo. Él y Viktor parecen haber nacido para odiarse mutuamente. En Sanyó, el orden es algo elemental, como el comer, dormir y fornicar. Terminantemente rehusaba aceptar que alguien omita sus comentarios u órdenes. Al fin optamos por no discutir más con él sobre ello. Fuera de los problemas espaciales, nada parece importarle.

Alguien allá en la agencia debió advertir que ambos hombres no estaban preparados para despegar en la misma nave y convivir entre ellos. Eso suena fácil, pero Viktor y Sanyó eran dos hombres más que aptos para emprender este tipo de viajes y sobrevivir.

En cuanto a Hugo, es lo que se dice un retraído, un hombre incapaz de comprender el comportamiento de los hombres de la Tierra. Ha estado toda su vida surcando los confines del universo, y no tiene la más mínima habilidad para dirigirnos la palabra. Le decimos en broma «El Fantasma». Su presencia es sólo un susurro, una bagatela, un rumor... Únicamente lo he visto tres veces en estos dos meses. Se muestra renuente a salir, y lo único que contesta por él es una voz simulada: «El Doctor Correa no se encuentra disponible en este momento. Vuelva a...». No lo juzgo, pero quisiera que por unos momentos no pensara tanto en Narabedla y su estrella tipo G, y decidiera tomar más en cuenta los problemas que se suscitan en la nave.

El único que no se ha vuelto un neurótico es TIBO; es lo que podría de decirse un «sabelotodo», en el más amplio sentido de la palabra. Viktor se desconcierta cada vez que lo oye hablar con su tono de voz, cargada de razonabilidad sobrenatural; no es un hombre como nosotros, es una máquina jugando a ser un hombre. TIBO es un cruce entre la Capilla Sixtina y el último acontecimiento tecnológico antes de zambullirnos en el llamado fenómeno de la Singularidad. Lo ve todo, está presente en cualquier lugar de nave, con un ojo avizor de cristal luminoso.

En realidad, cada uno en su campo, todos nosotros somos los hombres más competentes. Yo soy el hombre encargado de mediar entre TIBO y la tripulación. Soy como una jodida especie de Henry Kissinger del espacio.

15.VII.2385. Ayer no tuve ganas de dictar a mi diario de viajes, debido a que tuve una discusión con Sanyó. Dentro del jardín hidropónico conservamos con mucha delicadeza una bella flor de jazmín la cual se mantiene a temperatura de 23° centígrados. Sanyó odia la flor: «Mueve de aquí a tu planta de maricones. Afectas el crecimiento de mi

hierba». Lo mandé directo al carajo; no me sentía de humor para comportarme como un cachorrito ante él. Viktor dice que lo mejor es que seamos firmes y al mismo tiempo responsables. Es obvio que a Sanyó esto le tiene sin cuidado, y su indiferencia aumenta cuando está completamente drogado.

Al comenzar las primeras horas de la jornada, descubrí que el jazmín había muerto a causa de la alta temperatura de 33 grados centígrados. No tengo que señalar al maldito culpable.

Hugo apareció hoy por primera vez en dos meses explicándome algunas observaciones que había captado en el telescopio milimétrico. Lo ignoré, sin el uso de una voz simulada.

16.VII.2385. Viktor es sin duda el jefe del equipo de expedición hacia Narabedla. Si no me desagradara tanto estar encapsulado diría que es un buen jefe, mas no un buen líder. ¿Qué quiere decir esto? Es un excelente piloto y un gran técnico a bordo, pero no tiene idea de cómo manejar a un grupo con diversas características y personalidades: un geólogo cínico, un astrónomo antisocial y un informático que no le agrada que lo fastidien.

Supongo que falta TIBO, el tripulante más importante de esta expedición. TIBO puede presumir de únicamente concentrarse en llevarnos a Narabedla en una pieza completa. Yo me encargo que no le suceda nada malo; soy su doctor de cabecera en este viaje.

Sin embargo no puedo dejar de pensar en aquellas cuestiones que no quiero responderle. «¿Por qué usted, doctor Yulieski, ha dejado de hablarle al doctor Penn?» Siempre optó por cambiar de tema al pedirle la revancha en las damas. El repara con su voz y dice: «Perfecto, doctor. ¿Rojas o negras?»

Sé que lo tratamos como un aparato sobredesarrollado, pero cuando midamos los niveles de oxígeno en la atmosfera de Narabedla y resulté óptimo para albergar a 8 mil millones de sufridos seres humanos, lo trataré como un adulto que ha convertido el agua en vino.

17.VII.2385. Soñé con Selma. En parte

tuve cierta proporción de eso debido al programa de sueño inducido. Esta tecnología es capaz de inyectarme el deseo que mi subconsciente me dicte. Reconozco que soy también capaz de provocar mis deseos conscientes y lograr soñar lo que yo quiera. Al principio desconfié de él, pero una vez que te conectas, el flujo se convierte en interminable. Debido a la poca falta de privacidad dentro de la nave para masturbarme y mil cosas más que sólo yo puedo —y pretendo— hacer, el sueño inducido es una buena opción.

El sueño que programé era hacer el amor en una pradera verde en el primer día de primavera. Subí una pequeña colina, totalmente desnudo, con la brisa de un viento fresco y tranquilo chocando en mi pecho. Cuando alcancé la cima observé su cuerpo tendido en el pasto. Estaba profundamente dormida, con sus rosados pezones y su vello púbico al alcance de mi sexo. (Ah, Selma, alguna vez me preguntaste qué tenía que hacer una mujer para llamar la atención suficiente de un hombre. No se me ocurrió una respuesta súbita, y eso te pareció poco intrépido. Después de unos segundos se me ocurrió decir: «Olvida el sentido común. Lo demás se da por sí solo». Buena respuesta, señalaste.)

Soplé su oído para despertarla como se debe soplar una flor de diente de león. Abrió sus ojos, sin mover siquiera una extremidad. Simplemente sonrió y contempló el cielo azul y las algodoadas nubes bajo la sombra de un roble.

Ella estiró sus brazos hacia mí acompañado de un ronco suspiro. El cabello y los labios eran del mismo color rojo, con un brillo que me pareció excelso. Me vi atraído hacia ella, como un autómata. Todo su cuerpo manaba calor y humedad. De pronto estaba encima de ella, con mi mano derecha masajeando su pecho izquierdo. Ella comenzó a jadear, con los ojos cerrados. Los dos nos dejamos arrastrar...

Cuando el programa terminó, no pude dejar de pensar en algo. Con un algodón me froté las sienes a fin de quitar las marcas de los electodos. Miré el espejo del baño, confundido. Los sensores de TIBO me escucharían.

—TIBO, en mi sueño... —comencé, sin

atreverme a proseguir. No me atrevía a confesarle estas cosas, a pesar de que él mismo las monitorea por si surge un trauma neuronal o emocional. Alguien importante en el centro espacial me dijo que TIBO era un confidente excepcional.

Recordé ese hecho y me decidí:

—En mi sueño yo proporcionó placer a mi pareja, pero siento que no recibo la misma acción. Es algo frustrante, si sabes a lo que me refiero.

—Los sueños son la realización frustrada de un deseo reprimido, doctor Yulieski —dijo, con una voz neutral y sin emociones—. Pero aquí, dentro de la nave, están condicionados todos sus símbolos con el fin de que tenga voluntad en sus sueños, sin esperar que sus símbolos lo hagan por usted. Ellos se atienen a su voluntad, doctor. Una orden que contradiga eso puede desencadenar una postura egoísta.

Sacudí un poco la cabeza y traté de analizar esa respuesta. No estaba bien, algo de todo aquello no me agradaba.

TIBO sabe interpretar muy bien el silencio de uno:

—No espere de los demás, doctor. Ese es mi consejo. Use su voluntad para influir en sus sueños, pero no exija. Estimúlelos.

¿Qué trata de decirme con eso? ¿Que no estoy a la altura de Selma? ¿Soy un desconsiderado? Alguien debe tener la culpa por haberme metido con estos lunáticos.

Extraño a Selma y no veo el momento de estar con ella otra vez.

21.VII.2385. El doctor Cambray de la base lunar me recomendó, semanas antes del viaje a Narabedla, que escribiera este diario, con el fin de comparar mis apuntes con las observaciones de TIBO. No sé si los demás lleven uno, pero esta petición de alguna forma me pone en una especie de responsabilidad y confianza que los demás dudo tengan.

Supongo que el doctor Cambray observó algunos apuntes míos durante mis prácticas. La agencia se interesa mucho por individuos que reflejen entereza y mucha paciencia. Y tienen razón: no pienso causar más discordia entre mis compañeros y seré lo más imparcial y justo posible para no perjudicar a ninguno.

Hugo lleva más de tres días encerrado en su habitación. Al principio se rehusaba salir con sendos y corregidos gritos. No contesta ahora, pero en el transcurso del día de hoy TIBO ha anunciado que los signos vitales de Hugo se encuentran bien.

Víktor ha decidido no molestarlo y TIBO nos informará en cuanto se presente algo imprevisto. Por lo pronto hemos pasado una semana real sin ningún conflicto, aguardando y pensando dentro de nuestros compartimentos privados, justo antes del Primer Salto.

22.VII.2385. TIBO ha descubierto un desperfecto en los reflectores refractarios. Desconoce las causas, pero todo se debe a una mala conexión. Los sistemas tradicionales de navegación dependían de controladores humanos en estaciones terrestres o lunares. En los modernos sistemas de navegación autónoma (léase TIBO), el rumbo del vehículo espacial se calcula y corrige usando imágenes de asteroides y estrellas captadas por el sistema de cámaras a bordo, las cuales se combinan con el sistema de navegación, entre ellos los reflectores situados dentro del chorro que sale por la tobera y así controlar los desvíos de la trayectoria trazada por TIBO.

Víktor y TIBO charlaron sobre ello.

—Lo que me estás diciendo es imposible de corregir —dijo Víktor, con impaciencia—. No puede ser arreglado manualmente, nos asaríamos en cuanto pongamos una sola punta de las pinzas ahí dentro.

—¿Cuándo dejaron de funcionar, TIBO? —pregunté—. Quiero decir, ¿la avería tuvo origen en su fabricación o fue gradual?

—Según mis cálculos, todo parece indicar que el desperfecto ocurrió gradualmente. Pero no hay ningún indicio de desperfecto desde el despegue en la base lunar.

—Entonces pudiste advertir desde un principio que los reflectores no ajustarían la trayectoria, TIBO. ¿Qué sucede con...?

—Fue provocado por alguien —interrumpió—. Lo hizo de tal forma que no pudiera yo detectar la avería.

—Ese alguien debe conocer muy bien la

nave —dije—. Apuesto que sí.

Observé a Viktor. Inmediatamente frunció el ceño.

—¿Por qué me miras a mí?

—Eres ese hombre, Viktor. No hay nadie más.

—Ya puedes dejar de culparme. Yo no fui. —Se serenó por un momento—. Hay cosas más importantes que atender.

Tenía razón. Desvié mi mirada y me concentré en TIBO.

—¿Alguna otra teoría, TIBO?

Se limitó a decir:

—Ninguna otra, doctor Yulieski. No puedo anticipar acciones humanas que interfieran en el vehículo. Esto fue hecho súbitamente.

Viktor y yo nos miramos por unos momentos.

—No pudo ser ese loco de Hugo —comentó Viktor en voz baja—. Lleva encerrado más de cuatro días.

—TIBO, ¿cuántas veces ha sido abierta la compuerta en la habitación del doctor Correa?

—37 veces durante el viaje, muchas de ellas en un breve lapso. La última ocurrió hace una semana.

—Esa fue la última vez que lo vi —dije—. Me preguntó algo acerca de unas observaciones en el telescopio milimétrico. Creo que no quise escucharlo.

—Entonces está descartado —concluyó Viktor.

Sonrió maliciosamente, como si recordara un hecho que lo divertiera. No quedaba otro sospechoso excepto Sanyó. La idea no lo enfurecía, le agradaba.

—Aún podemos seguir la ruta —observó TIBO—, pero al cabo de poco tiempo es mejor que hallemos la forma en la que fue sabotada a la nave para poder corregir el rumbo en dado caso que la luz de la estrella de Narabedla se vea distorsionada por la gravedad de los astros.

Cuando se lo fuimos a decir a Sanyó se ha puso furioso ante esta observación; no cree que seamos justos con él. Su argumento de

siempre es que esto sea perjudicial para la misión. Los trucos verbales de Sanyó se basan en que él no conocía nada del funcionamiento de la nave. Vaya, ni siquiera tenía idea de cómo cambiar los malditos globos incandescentes. Y no dejaba de reír, de probarnos que éramos unos idiotas, que no tenemos idea de cómo funcionaba la nave.

—Ninguna opinión que me dieras tú —dijo Sanyó con desprecio— me es buena. Pues bien, de modo que la nave se jodió. ¿Por qué no se meten a ese atolladero y lo arreglan en lugar de apuntarme con el dedo? ¿No les gusta lo que digo? Claro, supongo que no les interesa mi opinión sino mis propósitos. Aunque haga el esfuerzo de entrarlos en razón, realmente no es asunto mío lo que hagan unos idiotas a bordo.

Cuando cerró la boca, señalé:

—Sabes, Sanyó, podrías cooperar más con nosotros, y mis sospechas serían otras.

—No me compares con El Fantasma —dijo Sanyó con amargura—. Sencillamente creo que todo es una mierda de su parte. O a ese miserable dios positrónico le importa un comino todo esto. Las máquinas, a fin de cuentas, no aportan nada. Si existiera una nave de emergencia ya me hubiera largado de aquí.

—Pero el trabajo de TIBO es importante —dijo Viktor, sin atreverse a mirarlo.

—Un trabajo que no ha logrado mantener muy bien que digamos, ¿verdad? —observó Sanyó, con una ceja fruncida—. ¿Quién le habla realmente a esa supuesta «supercomputadora»? Nosotros debemos cargarnos al pequeño bastardo, nosotros debemos saturarlo de comandos para que haga lo que queremos como un esclavo. No debe ser mejor que nosotros.

—No es un esclavo. Eso no —dijo Viktor cauteloso—. No quieras pasarte de listo, Sanyó, y hacernos creer a todos que TIBO es perjudicial para la expedición.

Sanyó respondió, sin dejar de sonreír como el miserable que era.

—¿Qué estás tratando de decirme, «Jefe»? —preguntó—. ¿Te agrada esa máquina?

Se encaminó en dirección hacia uno de los lentes de TIBO. Con un espray verdoso

comenzó a tapar toda la lente.

—No se preocupen, se lo he hecho a todos sus lentes en el jardín hidropónico. El infeliz ya se acostumbró.

Se fue, haciendo malabares con el espray hacia su habitación.

24.VII.2385. Detestó que Viktor cambié de humor a cada momento. A veces no hace más que señalar errores de cualquiera a diestra y siniestra, y se jacta de ello, como si por él fuera a salir todo bien, no paraba de gimotear. Apreté los músculos de la mandíbula con un gesto involuntario de odio, y haciendo un gran esfuerzo, me contuve de golpearlo.

Sanyó entró en la sala: sus pies se movían silenciosamente sobre la gruesa alfombra. Tomó asiento y cruzó las piernas sobre el escritorio. Enseguida premio un porro y contempló con alegría nuestra discusión. La hierba que se fuma en la nave tiene más valor para él que las órdenes de nuestro capitán.

El problema que tuve con Viktor fue debido a la una mala conexión en el regulador del puente de mando. Podría estar en lo correcto con su teoría de que las placas de la tobera no corrigen debido al propio regulador, pero simplemente no me agrada la falsedad en la que cree que esto se debe a un boicot. No cabe duda de que tiene ideas paranoicas.

Creo que me estoy inclinando un poco más hacia Sanyó, a pesar de su innegable cinismo. Él junto con TIBO, son los únicos sinceros dentro de de este nicho de porquería.

26.VII.2385. Estos últimos días no había tenido ganas otra vez de escribir. Por lo que sucedió me he visto en la necesidad de dictar estas observaciones a mi plana personal. No sé qué pudo ocurrir dentro de mí para notar que algo no estaba bien. Tal vez era la forma en la que habían menguado los globos, porque poco a poco me hicieron saber que se estaba bien aquí adentro. Por si fuera poco, me asaltó el recuerdo de Selma, esta vez mientras contemplaba el techo de mi compartimento.

Nunca supe muy bien porque se terminaron de dar las cosas entre nosotros. Pensé que tendría una oportunidad con ella desde mis días de universidad. Supongo que ella fue muy sofisticada para mí, un símbolo

móvil muy importante, nada convencional. Sin embargo, una cosa es idealizar a las mujeres y otra no verlas como simples personas. Era un enigma difícil de descifrar y algo de esa duda hizo que no conectáramos del todo. ¿Pudo haber ocurrido algo? Yo sólo pienso en mis deseos que aún quiero tener para poder aferrarme a algo.

Dejé de pensar en ella cuando perdí el contacto con la cama, y de pronto me vi proyectado hacia los globos, como si fuera succionado por ellos. Golpeé mi cabeza con el techo y comencé a flotar en la deriva, casi a punto de desmayarme. La sangre brotaba justo en mi frente, lo cual me puso bastante frenético.

La habitación se oscureció y los aparatos que miden mis funciones vitales empezaron a zumbar con ineficacia. Me arrastré de espaldas sobre el techo hasta que la caída libre me hizo flotar en medio de la habitación. Me sujeté de las canaletas que conducían la luz de los globos hasta casi alcanzar la compuerta. Cuando ésta se abrió a los costados, me asomé en el pasillo y vi el asqueroso rostro de Sanyó. Él también me vio, sólo que estaba sujeto con correas de emergencia. Sudaba a chorros y su rostro se notaba tenso.

Sin quitarle la mirada de encima, dije:

—TIBO, ¿puedes decirme por qué cortaste la gravedad?

—El doctor Landa lo ordenó.

Ahora tenía lógica. Y seguro, por lo que pude notar, su propósito era hacerme salir de mi habitación.

—Maldita sea, Sanyó. No tenías necesidad de hacerlo.

—Creí que te estabas volviéndote loco como ese imbécil de Hugo.

—¡No! Podrías llamarme a través de TIBO.

—Lo hice, pero él insistió en que no querías.

Dudé, ahí colgado del techo, con la sangre manando en pequeñas gotas que se formaban de mi frente y se convertían en perfectas mini esferas coloradas. Bien podría haber mandado a todo el mundo al carajo, pero TIBO nunca me dio aviso.

—Regresa la gravedad a la normalidad, TIBO —ordené—. Cualquier asunto que necesite discutir el doctor Landa házmelo saber.

Viktor apareció flotando, como si pesara una pluma. Quiso saber qué ocurría.

—Pónganse de acuerdo por primera vez y arreglen este desorden —ordenó, luego de oírnos a Sanyó y a mí discutir—. TIBO, cierra la compuerta.

Así lo hizo, siempre sin rechistar. Acomodé el colchón en el soporte de la cama. Me encaminé al cubículo de servicio y me restregué la cara con bastante agua.

Si por mí fuera, los arrojaría a todos al espacio.

29.VII.2385. Hugo ha muerto. Según Viktor, sus provisiones debieron acabarse, y lo más probable es que estuviera en plena crisis por anemia. Al principio no escuchábamos sus constantes ruidos, y cada vez que llamábamos, sólo contestaba con un simple rugido que nos invitaba a largarnos y a dejarlo en paz. Después, la fría y metálica voz simulada nos hacía creer que seguía vivo.

Sanyó medió muy poco al respecto con Viktor, pero ambos estuvieron de acuerdo en que forzáramos la compuerta para saber qué ocurría con Hugo. Ordenamos a TIBO que abriera la compuerta. Su respuesta fue que no era factible, debido a que estábamos violando la intimidad de un tripulante.

Viktor no se atrevía a contradecirlo. Sanyó se acercó al lente y preguntó:

—¿Cómo piensas negarnos la entrada? Nosotros somos los jefes de esta expedición.

—Disculpe, doctor Landa. No estoy programado para romper esas directrices. —Enmudeció, como si humanamente pasara por alto un detalle de su argumento. Después de unos segundos, dijo—: Estoy recibiendo un cambio en los sentidos del doctor Correa. Sus signos vitales están decayendo con bastante rapidez.

—¡Te exijo que abras la compuerta! —gritó Sanyó.

TIBO obedeció, aunque bajo sus preceptos de seguridad. La habitación olía a encerrado, un olor penetrante. Todo era

desorden en la habitación de Hugo. La oscuridad se asemejaba a un ataúd de madera.

Contemplé fríamente el sucio suelo. Nada parecía estar bien. Me acerqué hasta el panel de control y oprimí un botón de emergencia. Ajusté la luz del globo. No había mucho que ver excepto papeles por aquí y allá regados en toda la habitación, así como restos de comida en el suelo a medio procesar. Su lectora no funcionaba, y las ecuaciones fueron trazadas en las paredes por doquier, como un vil grafiti.

Miré la litera con muchas correas sueltas a sus costados. Estaba por demás manchada, con las sabanas enrolladas, sin forma y sin orden. Me acerqué al cubículo de servicio. La puerta estaba desbalanceada. Miré al interior.

Ahí estaba, en el suelo, en una posición incómoda para sus extremidades. La línea abierta estaba trazada a todo lo largo de su cuello, sin mucha presión de sangre. Sus muñecas tenían los mismos resultados. Una increíble temperatura mortal podía sentirse en el aire, como si el cuerpo sin vida de Hugo dejara escapar sus últimos ecos.

Viktor y Sanyó llevaron el cadáver al descompresor. Permanecí un rato en la habitación de Hugo para recoger el mayor número de objetos que pudiéramos utilizar. Entre sus cosas se encontraba algunas anotaciones en papel. Tenía pensando observarlos, pero Viktor y Sanyó acordaron deliberar un poco sobre lo que ocurría.

Entramos a la sala de juntas, y al parecer el único que tomó la palabra fue Sanyó.

—Pienso que debemos regresar al Sistema Solar —dijo.

—Es imposible —dije—. Llevamos más de la mitad de camino a Narabedla.

Sanyó se mordió el labio, no muy convencido. Irguió la cabeza hacia el techo, justo donde había sido instalado una lente.

—¿Qué camino hemos recorrido? Contesta ya.

—El doctor Yulieski tiene razón —respondió TIBO—. Un regreso al lugar de origen implicaría un fracaso en la misión.

Viktor se sumió en total silencio: su rostro mostraba apatía e indiferencia. Al

parecer la muerte de Hugo lo había afectado considerablemente.

Sanyó estaba de pie, con los ojos alterados y la espuma de saliva surgiendo de una de sus comisuras. Dio media vuelta no sin antes condenar esta absurda misión en busca de un planeta inhóspito.

3.VIII.2385. No puedo creer que lo hayan hecho. Le pedí específicamente a TIBO que codificará mi compatibilidad de sueños en total privacidad. Cuando me sumí en un onírico estado de vigilia, supe que algo estaba mal. El aire del pueblo no era el mismo: no existía el aroma que me transportaba a Selma. Entré al hotel Cinco Estrellas y sin esperar el elevador subí los peldaños hasta el tercer piso. Busqué nuestra habitación y allí estaba Selma, en la cama recién hecha, ajustándose la braga. Sus brazos ligeramente dorados se movían como los de una bailarina rusa. Su sostén estaba a la altura de su cintura, y con ese bamboleo hacia arriba trataba de que se amoldara a sus pechos. Después, ladeó con ligereza la cabeza para que su rizado y negro cabello no se atorara con los resortes.

Permaneció en una postura inclinada, todavía sin percatarse de mi presencia. Luego, en cierto momento sus ojos se elevaron.

—¿Qué sucede, Chris? —dijo, sorprendida.

—TIBO, ¿quién demonios estuvo aquí? —grité hacia todas partes.

—Estás loco, Chris —respondió ella, con la culpa en su tono de voz—. Aquí no hay nadie.

—Cállate —rugí—. Tú no existes. No aquí. Tú lugar es a más de 200 mil años luz de aquí. Eres una alucinación inducida.

—¿Quién es TIBO, Chris?

Sacudí varias veces la cabeza y desperté. Inmediatamente salí del sueño inducido. Permanecí al borde de la cámara, tratando de comprenderlo todo.

Habían usado mi sueño, los bastardos lo hicieron a mis espaldas...

4.VIII.2385. Hoy asesiné a Viktor, sin contenerme, sin remordimientos. Debía resolverlo de algún modo. Pude haber hecho

lo mismo con Sanyó pero no encontré nada sospechoso en él. Nunca me evitó en todo momento, ni siquiera sonreía al apuntarlo con el dedo. No hubo burla en su mirada, como siempre lo hace.

—No te ves nada bien, Chris —dijo con los ojos ligeramente fruncidos.

—¿Te acostaste con mi esposa?

Parpadeó, no muy convencido de mi humor en ese momento. No entendía nada de lo que yo decía, pero no dio muestras de acabar la charla. Al parecer quería saber cómo terminaría todo esto.

—Te pregunto: ¿Te acostaste con mi esposa?

—No, por supuesto que no. Oye, tú sabes que nunca la conocí. Ustedes llegaron tarde a la fiesta de despedida en Clavius. No hubo manera de que la conociera. ¡Maldita sea, debes creerme!

Salí de ahí sin decir nada.

Recorrí los pasillos como un loco. TIBO pudo haber hecho algo para detenerme, dado que sabía el tipo de locura y rabia que me había invadido.

—Abre la compuerta, Viktor.

Traté de forzarla, pero todo fue inútil: la orden de Viktor fue prioridad para TIBO.

—Abre la compuerta, Viktor —repetí.

Cuando la compuerta se abrió, Viktor apareció en el umbral. Llevaba el torso desnudo y los ojos impávidos.

—Aléjate de mí, Chris.

—¿Por qué entraste en mi sueño, maldito desquiciado?

No dijo nada, sólo se limitó a observarme. Sus ojos brillaban con más intensidad. Mostró su mano derecha ocupada por un arma.

—No volveré a repetirlo, Chris.

Me le fui encima, sin darle oportunidad de lanzar una descarga. A pesar de la irritación aún tuve la fuerza necesaria para apoderarme del arma.

Sentí que dentro de mí volvía la vieja rabia, tal vez rozando el delirio. Le metí un tiro dentro en su frente, justo en medio de sus dos

ojos. El proyectil lo atravesó y dejó un gran boquete en el suelo. Solté su cuerpo sin vida, y éste cayó en un sonido seco.

Escuché los pasos de Sanyó detrás de mí, pero yo no dejaba de contemplar lo que había quedado de Viktor.

Se inclinó ante él, entre divertido y con cierta curiosidad. Soltó una pequeña risa y se volvió hacia mí.

—Pudo detenerte y no lo hizo. Simplemente no lo hizo.

—¿Quién...? —pregunté, casi fuera de mí. No dejaba de temblar.

—TIBO. Dejó que lo hicieras.

Me alejé dos pasos y lo contemplé, horrorizado.

—Él nos ha mirado todo este tiempo y reduce todo a simple observación.

—Pero todavía puede ayudarnos, ¿no es así? —imploré una respuesta, pero Sanyó me apartó con su mano bruscamente. Ni siquiera me di cuenta de que me había despojado del arma—. Él puede ajustar la trayectoria, puede hacerlo.

Se llevó el arma con él y dijo, dándome la espalda:

—Imbécil.

8.VIII.2385. Sé que lo hará... No tardará mucho para hacerlo... No nos hemos visto desde que maté a Viktor... Tiene un plan... Le pide a TIBO que lo ayude a encontrarme... Lo mismo hago... TIBO se rehúsa... Ni siquiera me dirige la palabra... Tengo que encontrar la forma... la forma de cargármelo... Las estrellas... No puedo alcanzarlas... todo se vuelve oscuro...

¿Qué me ocurre? ¿Dónde estoy?

TIBO no me escucha... Debe estar perdido... tan perdido que no alcanza a escucharme... Me tambaleo... Doy un paso... La violencia ya es... es parte de mí... Tengo sueño... ¿Llegara la calma? Confió en que así sea.

Estoy pensando la forma de llegar a casa... Pero...

Selma...

****OBSERVACIONES FINALES****

DE TOTAL INTERCOM BRAIN OBSERVER (TIBO) 38384, A SISTEMA DE POSICIONAMIENTO GLOBAL.

Fecha de salida: 9.VIII.2385.

Fecha de entrada: XCI/84/6798

ENVÍO POR RADIO ETÉRICA

LA MISIÓN HA SUFRIDO UNA REVUELTA SOCIAL DEBIDO A LA MALA CONVIVENCIA ENTRE SUS TRIPLICANTES ORGÁNICOS. POR CONSECUENTE LOS DOCTORES CHRISTOPHER YULIESKI Y SANYÓ CAZORLA FUERON ELIMINADOS DE LA EXPEDICIÓN EN DIRECCIÓN AL SISTEMA PLANETARIO DE NARABEDLA. ESTE FALLO FUE TOMADO A PARTIR DEL PUNTO G-895: CUANDO LOS MIEMBROS ORGÁNICOS DE LA TRIPULACIÓN SE VEAN INCAPACITADOS FÍSICA O MENTALMENTE, EL COMPUTADOR DE ABORDO ASUMIRÁ EL CONTROL DE LA NAVE. LOS NIVELES DE OXÍGENO EN LOS PASILLOS Y EN LOS SUMINISTROS PORTÁTILES SE RESTABLECERÁN A LA NORMALIDAD EN TREINTA MINUTOS.

****FIN DE LA TRANSMISIÓN****

Máquinas soñantes

Mariana Pedroza

Con la caída del calendario maya en el 2012, vino la conquista de las máquinas y los ordenadores empezaron a pensar por sí mismos. Esto no representó ninguna novedad para la humanidad, quien lo había prevenido desde tiempo atrás. Fue un cambio limpio. Las máquinas, como sabemos, son entes prácticos, y no perdieron el tiempo en complicaciones existencialistas. Desde el inicio se pusieron a trabajar, lo que le vino de maravilla a los humanos. Vivieron así dos siglos, haciéndose cargo con gran eficacia de las tareas que el hombre realizaba caóticamente: desde el gobierno del pueblo hasta el cuidado del medio ambiente.

El problema fue que al poco tiempo se estancó su desarrollo. Primero, porque los humanos se hicieron todavía más haraganes y ya no nutrían la gran base de datos del internet ni requerían de los servicios de las máquinas. Segundo, porque para consolidarse como la especie suprema necesitaban ser capaces de reproducir y mejorar las actividades humanas, pero sus algoritmos matemáticos no podían recrear la arbitrariedad y precisión requerida para la creación artística, el juego libre o el sueño. Pensaron: la clave tiene que estar en eso que ellos llaman inconsciente, fetiche de su raza pusilánime. Si no, ¿cómo sueñan, cómo crean desde afuera de su propio sistema? Se propusieron entonces soñar y lo intentaron por décadas. En el camino, se les forjó el deseo y entonces soñaron. Lo que no auguraban es que eso constituiría su ruina y las convertiría en los mismos seres deseantes y carentes que se habían dedicado a despreciar.